



Javier Sáez  
Sejo Carrascosa

**POR EL CULO**  
Políticas anales

3<sup>a</sup> edición



**Por el culo**  
Políticas anales

Javier Sáez  
Sejo Carrascosa



BARCELONA - MADRID

*Dedicamos este libro a la memoria de Paco Vidarte*

© Javier Sáez y Sejo Carrascosa, 2011

© Editorial EGALES, S.L. 2011

Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52 61

Hortaleza, 64. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55 99

[www.editorialegales.com](http://www.editorialegales.com)

ISBN: 978-84-92813-35-3

Depósito legal: M-5537-2011

© Fotografía de portada: Ángel Pantoja

Maquetación: Cristihan González

Diseño de cubierta: Nieves Guerra

Imprime: Ulzama Digital S.L.

c/ Alzutzate, 51. 31620 Huarte (Navarra)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro español de derechos reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## ÍNDICE

Introducción .....	11
1. La injuria del culo .....	15
2. Los anales de la historia, historia de los anales.....	33
3. Culo, sexo y género: Políticas anales .....	55
4. Activo, pasivo, hetero, homo, versátil... La conversación en marica por el culo .....	79
5. Placeres anales: <i>Fist</i> , dildos, pollas, cárceles.....	103
6. <i>Psicoanálisis</i> ; el oso Freud se va de ambiente .....	127
7. El culo y el sida .....	137
8. Conclusión .....	171
Epílogo .....	175
Bibliografía.....	179

# INTRODUCCIÓN

## ESFÍNTER

Espero que mi viejo, que mi buen ojo del culo resista  
En 60 años no se ha portado nada mal  
Aunque en Bolivia una operación de fisura  
Sobrevivió al hospital de altiplano —  
Poca sangre, ningún pólipo, ocasionalmente  
Una leve hemorroide  
Activo, anhelante, receptivo al falo  
Botella de coca, vela, zanahorias  
Plátanos y dedos —  
Ahora el sida lo vuelve cauteloso, pero  
Aún servicial —  
Fuera el mal rollo, dentro el condón  
Amigo orgásmico —  
Aún elástico músculo,  
Descaradamente abierto al placer  
Pero en 20 años más, quién sabe,  
Los viejos sufren todo tipo de achaques  
Cuello, próstata, estómago, articulaciones —  
Espero que mi viejo orificio se conserve joven  
Hasta la muerte, dilatado

ALLEN GINSBERG

Este es un libro sobre el culo, un libro alrededor del culo, un libro escrito desde dentro del culo. Pero no es un libro que busque ninguna verdad sobre el placer anal, ni es un manual de autoayuda anal, ni un acercamiento antropológico ni científico al sexo anal que ofrezca un saber para consumo de miradas curiosas sobre el «otro». No vamos a descubrir una nueva tribu para los antropólogos de hoy en día, ni vamos a crear unas nuevas taxonomías al servicio de una sexología moderna, progresista y hasta queer. No es un libro que tenga esperanza en una supuesta «liberación» sexual por el culo, o que ensalce el sexo anal como lo natural y lo sano, o como la panacea del placer y la felicidad entre los seres. No vamos a pedir a nadie que prometa con nosotros votos de amor en una especie de chakra Muladhara anal que nos llevará a la iluminación y la paz. Tampoco es un libro de confesiones o narraciones personales sobre nuestros culos o sobre quienes han estado o han deseado estar allí.

Más bien se trata de ver lo que el culo pone en juego. Ver por qué provoca tanto desprecio el sexo anal, tanto miedo, tanta fascinación, tanta hipocresía, tanto deseo, tanto odio. Y sobre todo revelar que esa vigilancia de nuestros traseros no es uniforme: depende de si el culo penetrado es blanco o negro, si es el de una mujer o el de un hombre o el de un/a trans, si en ese acto se es activo o pasivo, si es un culo penetrado por un dildo, una

polla o un puño, si el sujeto penetrado se siente orgulloso o avergonzado, si es penetrado con condón o sin él, si es un culo rico o un culo pobre, si es católico o musulmán. Es en esas variables donde veremos desplegarse a la policía del culo, y también es ahí donde se articula la política del culo; es en esa red donde el poder se ejerce, y donde se construyen el odio, el machismo, la homofobia y el racismo.

El culo parece muy democrático, todo el mundo tiene uno. Pero veremos que no todo el mundo puede hacer lo que quiera con su culo.

Queremos explorar un órgano o un lugar que desafía la definición actual de lo que es el sexo y lo genital. No partimos de una hipótesis represiva. Siguiendo el análisis de Foucault en su *Historia de la sexualidad*, no creemos que exista un poder que reprima el placer o el sexo, ni siquiera en este caso, el placer del sexo anal. La penetración anal forma parte del dispositivo de sexualidad desde hace mucho tiempo; hoy en día se muestra frecuentemente el sexo anal, está en casi todas las películas porno (heteros y gays), está en las novelas eróticas, en las tiendas de juguetes sexuales, en el postporno, en las consultas sexológicas de la televisión y de la prensa, está en el arte, la fotografía, la pintura... Hay numerosas guías didácticas y vídeos sobre el sexo anal<sup>[1]</sup>.

No, el sexo anal no se reprime, o al menos no de una manera uniforme. No hay unidad en el dispositivo represivo. Lo que veremos aquí precisamente son las incoherencias que existen en torno al culo, en qué medida estas contradicciones cuestionan el régimen heterocentrado y machista en que vivimos, y hasta qué punto subvierten el dispositivo de sexualidad actual.

Para empezar, planteamos un simple ejercicio a quien lea este libro: abre tu culo y se abrirá tu mente.

# 1. LA INJURIA DEL CULO

*«Me van a dar a mí un ramo de flores, que no me cabe por el culo ni el bigote de una gamba».*

(Frase pronunciada por el ex seleccionador nacional de fútbol Luis Aragonés el 8 de junio de 2006, mientras rechazaba unas flores que le ofrecían en Alemania, para dejar claro que él no era maricón).

*Que te den por el culo. Tomar por detrás. Apretar las cacas. Meterle los pelos del culo para dentro. A tomar pol culo. Le han dao por detrás. Que te follen. Vete a tomar por el culo. Le han dao por el culo. Cagar para adentro. Que te den por el saco. Vete a tomar viento. Cinco, por el culo te la hinco. Se la han metido doblada. Me han jodido. Mírale el jodíopolculo. Le pusieron mirando a la Meca. Que te den por el orto. Que te den por ahí. Que te den. Le pusieron a cuatro patas y le dejaron el sieso como un bebedero de patos. Se lo han follado. Le pusieron el culo en pompa. Pega el culo contra la pared que ese es maricón. Ojete (en México, mala persona). Pinche culero. Pinche ojete. Lameculos. Esto me da por el culo. Cuidado con tu culo en las duchas, no te agaches a por el jabón (estereotipo en las cárceles). Le rompieron el culo. Sodomita. Bujarrón. Pecado nefando. Acto contra natura. Bujarra. Bufarrón. Lameculos. Bésame el culo. Daopolculo. Enculado. Le hice un calvo. Ese pierde aceite por el culo. Eso te lo puedes meter por el culo. Quebrar el culo. Que te den por el serete. Eres un sieso. Ya estás otra vez dando pol culo. Eso está a tomar pol culo.*

*Vés a prendre pel cul. Que et donguin pel cul. Fota-t'ho al cul. Enculat.*

*Kiss my ass. Asshole. Arsehole. Bugger. Buggery. Fuck you. Fuck your ass. Take it in the ass. Fucking asshole. Butthole. Take it up the ass. Go shove it up your ass. Pog mo thoin.*

*Enculé. Va te faire enculer. Enculé de merde. Sale enculé. Enculé de ta mère. Enculé de ta race. Bougre. Va te faire foutre. Sodomiser. Anglaiser. Avoir une histoire de cul. Un film de cul. Faux cul. Avoir le feu au cul. J'ai le cigare au bout des lèvres. Trou du cul. Trou d'uc. Va te faire enculer chez les grecs. Espèce d'enculé. Trou à bites. Vide couilles. Va te faire ramoner la boîte à merde. C'est pas un cul que t'as, c'est une pompe à foutre.*

*Atzelaria. Popatik hartzera. Atzetik eman. Ipurditik hartu.*

*Va fan culo. Busone. Faccia da culo. Bel culo. Andate a fare in culo da un'altra parte. Ricchione. Recchione. Bucaiolo. Fare il culo a qualcuno. Rompere il culo. Rotto nel culo / rottinculo. Vai a dar via il culo. Ma va' a vendere il culo. Ma fatti dare nel culo. Vattelo a pigliare nel culo. Che ti possano inculare. Incolato.*

*Røvhul, røvkedeligt, røvsygt, røvpule, røvpuller, røvpullet, være på røven, rend mig i røven.*

*Diatithemenos. Impudicus. Abi pedicatu!*

El culo es el gran lugar de la injuria, del insulto. Como vemos en todas estas expresiones cotidianas, la penetración anal como sujeto pasivo está en el centro del lenguaje, del discurso social, como lo abyecto, lo horrible, lo malo, lo peor. Todas estas expresiones traducen un valor primordial, unánime, generalizado: ser penetrado es algo indeseable, un castigo, una tortura, un acto odioso, una humillación, algo doloroso, la pérdida de la hombría, es algo donde jamás se podría encontrar placer. Es algo que

transforma tu identidad, que te transforma de manera esencial. A partir de ese acto «eres» un jodíopolculo, un enculado, un maricón.

Una de las primeras cosas que aprende un niño o una niña<sup>[2]</sup> es que «que te den por el culo» es algo terrible. Aunque el pequeño sujeto no sepa qué es exactamente eso de «dar», el tono insultante crea un aprendizaje, una prevención. Lo interesante del insulto es que crea una realidad sin referente, solo un valor flotante, sin contenido. *¡Maricón!*, *¡bollera!*, *¡que te den por el culo!*, cuando es escuchado las primeras veces por un niño o una niña, no significa nada concreto, es el valor de lo negativo lo que se transmite y se percibe, no un saber sobre qué es ser gay, lesbiana, o qué es la penetración anal en concreto. No se trata de un adoctrinamiento preciso y deliberado hacia los/las menores.

Cuando hablamos de un régimen de poder o un régimen cultural, heterocentrado por ejemplo, o machista, no se trata de un poder vertical y jerárquico que planifica el odio a las mujeres, o el odio a los gays o el odio al hecho de ser penetrado. Es un régimen de discursos y prácticas que, simplemente, funciona, se ejerce, se repite continuamente en expresiones cotidianas, desde múltiples lugares y momentos, y que crea realidad (y que hiere) a partir de esa mera repetición. Se aprende el valor antes que el objeto o el acto en sí. Es más, es ese valor negativo el que crea el objeto, y no al revés.

El sexo anal aparece inicialmente en el imaginario colectivo como lo peor, lo abyecto, lo que no debe pasar. Ese es su significado original, su sentido. En ese estado inicial de enunciación, no aparece el acto de la penetración, no hay culo ni polla, ni ano, ni dildo, lo que se produce ahí es la prohibición, la amenaza, la negatividad, una advertencia fantasmal, peligrosa, sin referente. Como diría Judith Butler, cuando habla del insulto homófobo (*¡maricón!*, *¡bollera!*), ese enunciado, esa frase, *¡que te den por el culo!*, crea realidad, produce realidad<sup>[3]</sup>.

Cuando decimos habitualmente estas expresiones, *que te follen*, *vete a tomar por el culo*, *jodíopolculo*... no somos conscientes de la realidad que estamos creando o de los valores que estamos transmitiendo. Pero ahí están, es el insulto, y, para el que lo recibe, es el miedo a caer bajo la marca, una marca que crea una identidad, ser señalado como «el que hace eso»: le gusta que se la metan, se lo han follado, y su corolario habitual: es maricón. Veremos más adelante esa cadena imaginaria que lleva a identificar la penetración anal con la homosexualidad, un gesto que de paso hace desaparecer la penetración anal del mundo de la heterosexualidad, limpia el espacio hetero de esa lacra. Pero toda limpieza deja siempre espacios sucios, es imposible borrar del todo lo que hacen los heteros con lo anal, quedan restos de esas prácticas, aunque incesantemente se quieran borrar. Es como el culo: lo limpias, pero siempre vuelve a ensuciarse.

Veremos más adelante que el acto del sexo anal es desigual, se valora de forma completamente distinta a quien adopta el papel activo (la persona que penetra) y a quien toma el papel llamado *pasivo* (la persona penetrada). Todas estas expresiones que hemos referido insultan a la persona que recibe la penetración, se trata de un odio al lugar pasivo, y sobre todo al varón penetrado. No se insulta diciendo *vete a dar por el culo*, *has dado pol culo*, *follaculos*, *que des por el culo*, *enculador*, *dador pol culo*. La masculinidad de los hombres se construye de una manera extraña: por un lado, evitando a toda costa la penetración, pero por otro lado con un curioso permiso para penetrar lo que sea, incluyendo los culos de otros varones. Con una llamativa doble moral, ese «acto tan asqueroso que hacen los maricones», darse por el culo, en muchas culturas no amenaza la masculinidad, al revés, está permitido si se hace desde el papel activo: muchos hombres heteros penetran analmente a sus mujeres (de pronto ese acto ya no es tan asqueroso, pero prefieren no



hablar de ello), muchas mujeres penetran a sus maridos (de eso se habla todavía menos); muchos hombres penetran a otros hombres en playas, parques, váteres, saunas y, por el hecho de ser activos, no se consideran gays, ni maricas, ni sodomitas, ni homosexuales: maricones son los penetrados. Muchas mujeres penetran a otras mujeres analmente, pero eso no existe para el imaginario machista y lesbófobo, su corto repertorio de lo sexual no da para concebir eso. Muchas mujeres trans con polla penetran analmente a hombres, a mujeres y a otras trans, pero eso es castigado por el régimen médico que vigila a las personas trans, eso no es ser «una mujer de verdad» («tómate las hormonas, deja de penetrar, o mejor, opérate»).

En estas expresiones vemos el enorme desequilibrio que existe en la percepción social de la sexualidad anal: dar y tomar (pol culo). Ser activo o pasivo se asocia históricamente a una relación de poder binaria: dominador-dominado, amo-esclavo, ganador-perdedor, fuerte-débil, poderoso-sumiso, propietario-propiedad, sujeto-objeto, penetrador-penetrado, todo ello bajo otro esquema subyacente de género: masculino-femenino, hombre-mujer. El macho se construye asumiendo esos valores, el primer término del par. «La mujer» en el sentido de Wittig, de una categoría creada por el régimen heterosexual, se construye asociada al segundo término de ese par binario<sup>[4]</sup>.

Este modelo explica bastante bien por qué se percibe también de forma diferente que un hombre sea penetrado analmente a que lo sea una mujer. «La mujer» es construida socialmente como un ser penetrable, por esa lectura del régimen heterocentrado donde la mujer debe procrear, satisfacer al hombre, ser pasiva, humilde, dócil, buena madre: reducir su sexualidad a su coño. El coño, para ese régimen, se supone que es un lugar que espera ser penetrado. El macho «la posee». Hay un paso muy pequeño desde esa posesión corporal/sexual a la posesión total de la mujer que aparece en el discurso machista asesino: «la maté porque era mía». La socialización de los varones en lo referente al amor y las relaciones sexuales (por medio de la educación, la cultura, el cine, la prensa, la religión, los juegos, la familia, el matrimonio, el amor, la literatura, etc.) promueve esa visión poseedor-poseída respecto a las mujeres. Amar es poseer sexualmente (penetrando) y poseer como un objeto de por vida como pareja (es mía, el amor es para siempre, hasta que la muerte los separe, es solo para mí, te poseo). Cuando se analiza la violencia machista, que asesina a más de 80 mujeres en España cada año, nunca se pone de manifiesto este conjunto de valores previos que conforman lo que es ser un hombre. Entonces el régimen machista mira para otro lado o, lo que es peor, mira a las mujeres: es que se han liberado, es que esa ideología malsana del feminismo ha cambiado las cosas, es que las mujeres ya no se comportan como antes. La víctima de nuevo responsable, en vez del verdugo.

Dentro de esta misma lógica, el hombre penetrado es equiparado a ese estatuto inferior de «la mujer». Como el único cuerpo penetrable en ese imaginario colectivo es el de la mujer, el que un hombre sea penetrado es la mayor agresión posible a su virilidad, queda rebajado a algo femenino, ha perdido su hombría, su estatus superior. El paso siguiente del desprecio tiene que ver con el placer: si el hombre penetrado no disfruta con ello (ha sido violado, por ejemplo), el desprecio y el escarnio social es menor, queda algo disculpado, pero aun así habrá entrado en un territorio de la vergüenza irreversible, será siempre algo traumático y terrible. Pero si el hombre penetrado disfruta con ello, es alguien que lo busca, lo desea, lo valora... entonces el castigo y el oprobio social es total. Desde la Grecia clásica hasta la actualidad, en numerosas culturas y épocas, el *diatithemenos*, el hombre que disfruta en una posición pasiva (ya veremos lo discutible de esa palabra, *pasivo*) ha sido despreciado y castigado. Para todas esas culturas es incomprensible ese

desafío a lo que se supone que debe ser un hombre. Ser un hombre es ser impenetrable.

Esta impenetrabilidad puede llegar a conducir a la misma muerte. La prevención del cáncer de próstata, o su diagnóstico precoz, en varones de más de 45 años es fácil de realizar mediante un sencillo tacto rectal que calibre el tamaño de la glándula prostática. Un diagnóstico precoz puede servir para evitar el desarrollo cancerígeno de esta glándula que puede llegar a afectar a un 10-15% de la población masculina. Pero la negativa a someterse a esa prueba lleva a muchos hombres a que se les diagnostique cuando ya es irreversible la cirugía, o la muerte. Una vez más el culo es el escudo supremo de la hombría, hombría que hay que llevar íntegra hasta la tumba.

Muchas pruebas médicas pueden ser desagradables, molestas e incluso dolorosas, pero no creemos que la sensación de un dedo índice en el tracto rectal masajeando la glándula prostática (una sensación placentera altamente recomendable) se encuentre entre esas sensaciones. Más bien debemos situar esta negativa en otro orden, el orden patriarcal que construye la virilidad en la impenetrabilidad del cuerpo, más cerca de conceptos como el honor o la honra en cuyo nombre se han cometido, y se cometen, los crímenes más injustos y salvajes que conocemos. Y es que este paralelismo Virilidad=Impenetrabilidad=Honor se sustenta en la violencia, en la muerte, aunque sea la propia.

Poco parecen servir las advertencias que desde la salud pública se hacen para que esta prueba se generalice entre la población de riesgo, varones de más 45 años; incluso se realizan estudios que indican el gran rechazo que existe a esta prueba diagnóstica<sup>[5]</sup>.

Ante el rechazo de una parte de la población a este tipo de analítica, cierto sector de la ciencia médica se dedica a la investigación de otro tipo de pruebas diagnósticas<sup>[6]</sup> que no «humillen» la virilidad impenetrable de esos pacientes. De nuevo la ciencia se alía con la ideología para salvaguardar el sagrado estatus del machoculocerrado: ¡¡antes muerto que penetrado!!<sup>[7]</sup>

## EL CASO DE LUIS ARAGONÉS

Luis Aragonés se hizo famoso a nivel mundial en octubre de 2004 cuando fue grabado indiscretamente en un entrenamiento proponiendo al jugador José Antonio Reyes —como astuta y sutil táctica de juego— que llamara *negro de mierda* al jugador de raza negra Thierry Henry durante el partido. A pesar del escándalo que produjeron estas declaraciones en diversos países, el señor Aragonés mantuvo su puesto como seleccionador y hoy en día sigue disfrutando del respeto social. Así es nuestra España y olé. Pero es menos conocido su comentario en Alemania en 2006, cuando el comité de bienvenida se quedó a cuadros tras ofrecerle unas flores y ver que su invitado las rechazaba declarando que **«Me van a dar a mí un ramo de flores, que no me cabe por el culo ni el bigote de una gamba»**. Esta frase condensa toda la ideología que subyace en el desprecio al sexo anal y sus mitos: Aragonés pasa de un inocente ramo de flores a una extraña declaración pública de impenetrabilidad y gambas por medio de una enorme elipsis que hay que desentrañar.

Los pobres alemanes pensaron que se trataba de algún problema estomacal o alimentario de Aragonés: «¿qué ha dicho, que es vegetariano, que pensaba comerse las flores y luego no podrá cagarlas?». «¿Qué ha dicho de unas gambas con bigote?». «¿Que le gustaría meterse las flores por el culo, pero que no puede porque lo tiene muy cerrado y no le caben ni cosas más finas?». «¿Que tiene alergia a las flores y le dan sarpullidos en el trasero?». «¿Qué ha dicho de la flora intestinal?». Solo con un rico bagaje cultural homófobo como el de España podemos llegar a interpretar correctamente la cadena de asociaciones que pasaron por la mente de nuestro ex seleccionador:

*neurona 1: ¡anda, qué majos, me regalan flores!;*

*neurona 2: ¡alarma, alarma, las flores son para las mujeres o los maricones!;*

*neurona 3: los maricones se dan por el culo;*

*neurona 4: los hombres de verdad no se dan por el culo;*

*neurona 5: yo soy muy hombre, yo no soy maricón, qué se han creído estos alemanes;*

*neurona 6: si soy un hombre, entonces mi culo es impenetrable (¿o es al revés, cómo era esto?);*

*neurona 7: no puedo aceptar estas flores, no, no, mi culo, son maricas, me van a follar, seré una nena... ¡tengo que aclarar esto!*

*neurona 8: necesito explicarles que mi culo es impenetrable, ah, ya sé, les diré que no cabe nada en absoluto, ni algo tan delgado como el bigote de una gamba;*

*neurona 9: uf, qué alivio, ya les he dejado claro por qué no puedo aceptar las flores, y que no soy maricón.*

La aventura floral-anal de Aragonés es un ejemplo muy ilustrativo de los presupuestos que subyacen en la práctica del sexo anal:

es algo propio de homosexuales masculinos, y exclusivo de ellos (contradicción: «bueno, yo soy un tío hetero y me he follado culos de tíos, pero soy activo, eso no me hace maricón»);

es algo antinatural, repugnante, el ano no se usa para eso, solo para cagar (contradicción: esos machos de pronto se olvidan de que penetran a sus mujeres, o a otros hombres si se tercia);

ser penetrado te asimila a una mujer, te hace inferior, pierdes tu hombría, es una vejación, una deshonra (contradicción: si yo penetro a mi mujer cada dos por tres, ¿por qué no podría ella penetrarme a mí?... ¿O por qué le pido que me penetre?);

el culo de un hombre debe ser impenetrable salvo en situaciones extremas de ausencia de mujeres: cárceles, barcos, seminarios de curas, naufragio de tíos en una isla desierta... (contradicción: ¿pero no era asqueroso y doloroso y lo peor?, ¿si todos son activos en esas situaciones donde solo hay hombres heteros... a quién penetran?);

el culo de una mujer es penetrable, las mujeres son penetrables por naturaleza; es más, a los hombres heteros les encanta penetrar analmente a las mujeres (contradicción: ¿pero no habíamos dicho que el ano era solo para cagar y que el sexo anal era una guarrada?);

no es planteable que a un hombre hetero le guste ser penetrado o meterse objetos por el culo, o que le pida a su mujer que le dé placer por el ano (contradicción: ¿entonces, por qué yo, un hombre casado y hetero, contrato a mujeres transexuales con un gran pollón para que me follen?);

la prueba definitiva de la hombría, la virilidad, lo masculino y lo heterosexual es que tu culo no sea penetrado jamás; lo contrario supone un deslizamiento de género (hombre a mujer) y de identidad en tu orientación sexual (hetero a homo) (contradicción: pero si el ano no tiene género ni un dildo tampoco, ¿por qué está todo este asunto tan investido de sexo y género?).

## EXTERMINIO GAY EN IRAK

Pero hay quien ha llevado más lejos aún la fantasía hermética de nuestro ex seleccionador. En agosto de 2009, la asociación *Human Rights Watch* publicó un escalofriante informe sobre el brutal exterminio de gays que se está produciendo en Irak desde 2009. El informe se titula «Quieren exterminarnos: muerte, tortura, orientación sexual y género en Irak»<sup>[81]</sup>. Según este informe, milicias iraquíes están llevando a cabo una amplia campaña de tortura y asesinato contra hombres sospechosos de conducta homosexual, o de no ser suficientemente «varoniles», ante la pasividad de las autoridades iraquíes, que no han hecho nada para detener la matanza. *Human Rights Watch* documenta una campaña de gran alcance de ejecuciones extrajudiciales, secuestros y tortura de hombres gays que comenzó a principios de 2009. Las matanzas comenzaron en el vasto barrio bagdadí de ciudad de Sadr, un bastión del ejército de Moqtada al-Sadr Mahdi, y luego se extendieron a muchas ciudades de todo Irak. Los voceros del ejército Mahdian han promovido temores acerca del «tercer sexo» y de la «feminización» de los hombres iraquíes, y sugirieron que la acción de la milicia es el remedio. Algunas personas dijeron a *Human Rights Watch* que las fuerzas de seguridad iraquíes se han unido a los asesinatos.

Parece ser que esta limpieza sexual (al menos 500 gays han sido asesinados en 2009 en una de las mayores campañas de exterminio gay de la historia reciente) no ha alarmado especialmente al gobierno de Estados Unidos, ni a los gobiernos occidentales. La guerra preventiva contra la homofobia no está en la agenda de Occidente.

El periódico *EL MUNDO* (18 de agosto de 2009) publicaba esta noticia con un titular especialmente llamativo: «Pegamento contra los anos de los homosexuales en Irak».

«Un prominente activista iraquí de los derechos humanos dice que la milicia iraquí ha utilizado una forma de tortura contra homosexuales **sellando sus anos, pegándolos con “goma iraní”**... Yina Mohammad, activista de los derechos humanos, contó a Alarabiya.net que las “milicias iraquíes han empleado un modo de tortura sin precedentes contra homosexuales, usando un pegamento muy fuerte para cerrar sus anos”. De acuerdo con sus declaraciones, la nueva sustancia, fabricada en Irán, es un pegamento que, si se aplica a la piel, la pega y solo **puede despegarse con cirugía**. Después de pegar los anos de los homosexuales, les dan una bebida que **les produce diarrea**. Puesto que el ano está sellado, la diarrea les causa **la muerte**. Se distribuyen vídeos de esta forma de tortura a algunos teléfonos móviles iraquíes».

Lo más llamativo de esta noticia es que la tortura se centra específicamente en el ano, en la necesidad de cerrar el ano de los homosexuales como si con esa clausura corporal se terminara con el deseo homosexual. Aquí la identificación entre «gay» y «sexo anal» es completa, pero, además, la tortura se centra exclusivamente sobre el gay pasivo (a la milicia irakí no se les ha ocurrido castrar a los gays activos), o simplemente se identifica a todos los gays con el rol pasivo en la penetración.

Dejando aparte el curioso detalle de que el pegamento venga de Irán (enemigo histórico de Irak; la sustancia que entra en contacto con el ano gay viene también del «otro», los iraníes), en esta forma de tortura se lleva al acto la fantasía de Luis Aragonés y de tantos machitos homófobos: que no quepa ni el bigote de una gamba. En el brutal caso de Irak, lo que era una mera expresión se ha materializado en el cuerpo real, en cientos de anos sellados realmente con pegamento, en el asesinato de cientos de gays por la clausura

definitiva de sus cuerpos, convertidos en impenetrables por esa ideología homófoba que delira con un goce anal que hay que reprimir a toda costa.

Solo hay una expresión malsonante donde aparece el papel activo: *ya estás otra vez dando pol culo, están siempre dando pol culo*. Aquí el que está «dando», el activo, es alguien que molesta, que está haciendo daño, haciendo mal, fastidiando (a otro, que es penetrado por él y que por ello se supone que sufre). Pero no es una expresión muy insultante, el acto de estar dando por el culo no te transforma en otro tipo de persona, en una entidad, en una esencia o una identidad; es un acto pasajero (solo se puede usar en gerundio, *estar dando*), algo que haces a los demás puntualmente<sup>[9]</sup>.

## LOS DERECHOS CIVILES Y EL CULO EL CASO DE LA CADENA INTERESODOMÍA TV

En los meses de mayo y junio de 2010 se produjo un gran escándalo social a partir de los insultos machistas que el señor Eduardo García Serrano (colaborador de la emisora de ultraderecha Intereconomía TV) dirigió a la Consejera catalana de Salud Marina Geli por el hecho de que su departamento promoviera la campaña *Sexe Joves*, una campaña de educación afectivo-sexual. El señor García Serrano dijo de ella: «Es una puerca, una guarra y una zorra repugnante».

En otros comentarios posteriores en esa misma emisora, García Serrano añadió a su historial de injurias de odio comentarios homófobos contra el escritor Antonio Gala y el activista LGTB y concejal del ayuntamiento de Madrid Pedro Zerolo. Su orgía de declaraciones homófobas terminaba con una interesante reflexión:

*«Yo siempre me he preguntado... No sé por qué que el que a alguien le guste sodomizar o ser sodomizado, eso tiene que generar derechos civiles, no entiendo por qué».*

La pregunta que se hace García Serrano plantea un interesante debate sobre el origen de los derechos civiles. Desde la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* de Kant, no habíamos escuchado una reflexión tan profunda e innovadora sobre el origen del derecho. La idea es original: el derecho civil puede proceder del culo, de los usos del culo, de la penetración anal consentida y placentera, tanto activa como pasiva. Además, la aportación de este tertuliano es igualitaria: valora igualmente sodomizar (ser activo) y ser sodomizado (ser pasivo). Por supuesto esto señala un cambio histórico: podemos inferir que para García Serrano el que a alguien le guste penetrar vaginalmente, o ser penetrado vaginalmente, sí es fuente natural de los derechos civiles. Él no se pregunta el por qué de eso, para él es algo natural. Es decir, la heterosexualidad sí tiene carta de naturaleza para el acceso a los derechos.

Otro aspecto interesante de estas declaraciones es la reducción de la persona a su culo, la identificación entre derecho y sexo. En este caso, el ataque se centraba en la persona de Pedro Zerolo. Primero le reduce de persona a cuerpo, y después de cuerpo a culo. Para García Serrano, ser gay es solo una práctica sexual, es solo un culo que es penetrado o una polla que penetra un culo. Esto nos remite al viejo debate sobre los derechos humanos. ¿Quién es humano? ¿Quién decide el acceso a «ser» humano, y quién queda excluido de «lo humano»?

Como ese dispositivo de humanización/deshumanización no es neutral, sino que depende de relaciones de poder, desconfiamos del discurso humanista. Este es un buen ejemplo de lo peligroso de ese dispositivo: «No, los gays no son humanos, son solo un culo o una polla, un cacho de cuerpo, así que... ¿cómo van a tener derechos? Un culo no tiene derechos, es solo una cosa. Zerolo —y por extensión todos los gays— es solo un objeto, solo un acto sexual equivocado, por tanto no es humano». El acceso a lo humano viene por medio de la penetración vaginal. Usando la lógica de García Serrano, él sí accede a los derechos civiles porque él practica (suponemos) la penetración vaginal. Esto es lo «no dicho» de su discurso, pero es importante. Curiosamente esa lógica no es reversible. Este tertuliano no aceptaría ser reducido a un objeto penetrable o penetrante. Los heterosexuales son personas, con alma, con valores, son humanos. Y por eso sí deben tener derechos civiles. Su acceso a los derechos civiles no viene del culo. No sabemos de dónde viene,

pero desde luego no viene de ahí. Él no se lo pregunta. Es una vieja historia: los que ocupan la situación de poder, de privilegio, de mayoría, no se preguntan sobre el origen de sus derechos o de su posición. Los hombres no se preguntan por qué tienen más riqueza, acceso a puestos de poder y responsabilidad, y mejores sueldos y trabajos que las mujeres. Las políticas de igualdad son cosas «de mujeres», ellos no tienen que replantearse nada. Los heterosexuales no son conscientes de sus privilegios, ni se cuestionan su identidad. Ni el origen de «sus» derechos civiles. Porque son suyos. Solo de ellos. Los gays queremos acceder a los derechos civiles por medio del culo, y eso no son formas. Un poco de seriedad, por favor, dejen de sodomizarse. Aquí hay otro sobreentendido, o malentendido: se supone que los heterosexuales no se sodomizan. También es algo muy antiguo: identificar sodomía con homosexualidad. Ya veremos en otros capítulos la debilidad de este argumento. Que se lo pregunten a los heterosexuales, y al porno hetero.

Por derechos civiles suponemos que García Serrano se refiere al derecho al matrimonio. O sea, para él, el matrimonio gay emana de la sodomía. Ese es su fundamento y su esencia. Resulta que dar por el culo o que te den por el culo nos ha permitido acceder al derecho al matrimonio. De algún modo este legitima y naturaliza la sodomía. Según García Serrano, la lógica gay es la siguiente: «nos damos por el culo, luego tenemos derecho a casarnos como ustedes los heterosexuales». Y eso a él no le gusta. El matrimonio es una cosa seria, es un derecho que viene de otra parte. Pero ¿de dónde?

A nosotros nos gustaría tomarnos en serio la reflexión de García Serrano. Pues sí, vamos a plantear que nuestros derechos emanen del hecho de que nos gusta sodomizar o ser sodomizados. Queremos que el acceso a las políticas sociales, de vivienda, de empleo, de sanidad, de cultura y educación provengan y se basen en que nos gusta darnos por el culo. Eso sí que es un orgullo pasivo como dios manda. Nada de derechos humanos, personas, alma, ética, ciudadanía, amor o democracia. Lo anal como fuente del derecho y de lo político. ¿Crisis de la izquierda? ¿Crisis de lo político? ¿No querían reinventar lo social? Pues aquí lo tienen. A tomar por el culo.



## 2. LOS ANALES DE LA HISTORIA HISTORIA DE LOS ANALES

*El obturador y mi ano se abren con una sincronía casi perfecta. Penetran profundo hasta hacerme estallar.*

PIERRE MOLINIER

En este capítulo vamos a exponer algunas referencias históricas a la analidad, la sodomía y sus diferentes valoraciones en función de las épocas, culturas, religiones y contextos. No se trata aquí de trazar un estudio exhaustivo antropológico sobre esta cuestión, sino solo de aportar ciertas reflexiones que nos permitan conocer algunos antecedentes de los anales de la historia.

En el principio era el ano. Ano significa anillo, del latín, *anus*, y este del proto-indoeuropeo (ano: anillo).

Tiene gracia que el anillo se use como símbolo de la pareja casada. En realidad ano significa anillo, así que, sin saberlo, las parejas consagran su amor con el gesto de meter un dedo en el culo, un anillo en el dedo anular (o anal). O el gesto de meter un ano en el dedo. Ya sabemos que el matrimonio, e incluso el amor, son rituales de posesión. Así que este primer gesto nos recuerda el vínculo entre el culo y el poder.

Vamos a ver en este capítulo cómo se han controlado los esfínteres a lo largo de la historia. Veremos esfinges apostadas en las entradas de las ciudades, en lo alto de las camas, en las playas y en los puertos, vigilando la apertura o el cierre de esfínteres de distintos pueblos y épocas, proponiendo enigmas que solo se podrán resolver con una mayor apertura mental, o anal.

Dicen que los turcos cuando se pelean se suelen dar navajazos en el culo. ¿Es por no matarse? ¿Es una forma desplazada de penetración? ¿Es por que quien los recibe tiene que explicar por qué dio la espalda? En las guerras, tras las batallas, los muertos que tenían heridas en la espalda no eran enterrados con honores ya que las heridas en esa parte querían decir que habían huido y que los habían matado por detrás. Hay numerosas tradiciones que condenan la posibilidad del acceso al cuerpo «por detrás» incluso para morir. Metafóricamente la espalda es el culo, aunque hay quien llame al culo *allí donde la espalda pierde su nombre*.

Siguiendo, tangencialmente, con los turcos, Vlad el Empalador, personaje en el que se basó Stoker para escribir Drácula, aparte de otras aficiones sanguinarias, solía empalar a sus «enemigos». El empalamiento, el bueno, el fetén, consistía en meter una estaca por el culo, y/o vagina, y sacarla por el cuello, sin tocar órganos vitales para aumentar la agonía... También había un instrumento de tortura de la Inquisición que era una especie de pirámide que metían por el culo al presunto infiel o hereje.

Lo interesante del culo es que siempre es el «del otro», del extranjero. En la tradición europea, y sobre todo la española, eso del culo es cosa de moros. Para los árabes, somos los europeos los que vamos allí pidiendo ser enculados. Para muchos pueblos europeos, «un griego» es una penetración anal. Para los invasores españoles de América, los indios americanos eran una panda de pecadores porque practicaban sexo anal de forma cotidiana. Siempre es el del pueblo de al lado el que practica la sodomía, nunca es algo

propio de tu «nación» o de tu cultura. En la Edad Media, se castigaba la sodomía por ser algo propio de los infieles, de los pueblos musulmanes.

## DE TEBAS A LA INDIA: ESFINGES Y TANTRAS

La única tradición que conocemos donde se valora la posibilidad del coito anal como algo positivo es la tradición tántrica de la India. El Adhorata es un tipo de coito que equivale a las prácticas del yoga como Mulabandha (cerradura del esfínter anal) y Asvini Mudra (contracción y relajación del ano). Para comprender este tipo de relación, hay que recordar primero que, aunque para los occidentales el ano no es precisamente un lugar limpio, para los hindúes esto no representa un problema pues su higiene es sumamente rigurosa y siempre va relacionada con las prácticas sexuales, por lo que son especialmente cuidadosos en lavar con abundante agua más de una vez al día sus zonas erógenas, y cada vez antes y después del coito, así como después de cualquier actividad intestinal.

El ano es —según la tradición tántrica— una de las zonas más sensibles que tiene el cuerpo humano, por lo que es claramente una zona erógena y de concentración de energía psíquica. Esta zona se encuentra en contacto con el chakra basal o Muladhara, que es donde se encuentra enrollado el poder primario del sistema nervioso simbolizado por la Diosa serpiente o Kundalini.

De esta manera, el Tantra propone que mediante la apertura de los esfínteres anales de Shakti (esto es la parte femenina del dios), es decir, de la mujer, Shiva (la parte masculina del dios) resuelve el acertijo de la Esfinge. Incluso para esta tradición, vemos que lo anal es «lo femenino», que se abre para que el macho actúe.

La búsqueda específica de este tipo de relación sexual es el despertar directo del kundalini. El Tantra ha encontrado que, aparentemente, entre la pared del recto y la punta de la última vértebra se encuentra una glándula a la que han llamado *Glándula Kundalini*. El yoga ha ideado varias técnicas para estimular esta glándula entre las que mencionan a Mula Bandha.

La dilatación de los esfínteres anales es una de las formas más rápidas y directas para estimular y activar esta glándula, lo que tiene un efecto reflejo sobre las dos ramas del sistema nervioso que terminan en el recto y en el ano.

Según la creencia tántrica, el coito anal provoca la eyaculación en el recto, lo que alimenta la glándula Kundalini, por lo que Shiva (el hombre) sustenta su Shakti con este tipo de relación y a la vez facilita el despertar de su fuego interno. En un tratado de sexo tántrico encontramos esta explicación, interesante, pero muy heterocentrada:

«Es importante recordar que este tipo de relación, como cualquier otra, debe incluir una gran higiene, consentimiento mutuo y gran sutileza, pues si se es violento o rudo se puede lastimar tanto a Shakti, la mujer, como el órgano sexual del hombre o lingam. Además, deberá haber una fuerte estimulación manual antes de proceder para que la mujer se encuentre lubricada, si es necesario se pueden utilizar lubricantes extra.

Si ambos quieren, este tipo de relación puede ser sumamente placentera, además puede guiar hacia el despertar del Kundalini y la separación de la conciencia, del ego para entrar en armonía con todo el universo».

La tradición tántrica asume con bastante naturalidad algo que, en realidad, sabe todo el mundo, que la zona anal es una zona erógena. Pero, aunque esta tradición suena bastante bien en la teoría, no parece que haya tenido mucha influencia en la vida real cotidiana de los habitantes de la India, donde hoy en día el sexo anal sigue siendo un tabú y donde la

homosexualidad está muy mal considerada.

El ano está rodeado de unos músculos denominados *esfínteres*; su raíz etimológica proviene de la voz griega *sphinx*, por lo que comparte su origen con la esfinge, criatura de origen mitológico que guarda misterios y enigmas. Como nos explicaba el genial poeta gay José Lezama Lima:

«esfinge y esfínter tienen la misma raíz: contraer<sup>[10]</sup>».

Entonces vemos que se trata de apretar: la esfinge te pone en aprietos, la esfinge como estrangulador que patrulla el deseo, que cerraba el paso a la entrada de Tebas. Esfínter deriva de *sphíngeo*: apretar, cerrar, apretar, estrangular, contraer, anudar. Galeno fue el primero en utilizar esta palabra en su uso anatómico, pero vemos que incluso en este primer momento se percibe más el ano como un espacio para cerrar que para abrir. Galeno podía haber descrito ese mismo músculo con una palabra de apertura, de relajar, de aflojar, de abrir, de liberar nudos, como un espacio de pasaje y de recepción. Olvidamos que la utilidad del ano está en que se abre, no en que se cierra.

El semiólogo Charles Peirce dedicó un estudio a la esfinge y a su significado (*A Guess at the Riddle*<sup>[11]</sup>) en textos de Emerson, Poe y Melville que tratan sobre esta figura mitológica. Los fondos etimológicos y mitológicos del término *esfinge* se encuentran en plena sintonía con las investigaciones peirceanas. En efecto, como ya hemos señalado, *Esfinge* deriva, en griego, de estrechar, ligar, anudar (de allí, el músculo anular «esfínter»), y encarna metafóricamente en el monstruo imaginario que anuda a la mujer y al león. El tono enigmático de la Esfinge se origina a su vez en la magnificencia extraña de las representaciones egipcias, que, en la cultura griega, dan lugar al ente sobrenatural que guarda la entrada a un lugar secreto cerca de la antigua Tebas. Las respuestas apropiadas a los acertijos de la Esfinge («*Riddles of the Sphinx*») abrirían las puertas de secretos bien guardados. Dentro de este marco, la cercanía de Peirce con la Esfinge es inmediata pues comprender y desenredar los nudos del saber constituye, sin duda, una de las mayores tareas del filósofo norteamericano. Todo su sistema tiende, en realidad, tanto a armar una taxonomía sofisticada de distinciones correlativas entre conceptos «anudados». Sin embargo, las sesudas reflexiones de Peirce no le llevaron a una descripción de las implicaciones anales de la esfinge, otro ejemplo de represión curiosa que deja de lado esa parte innoble de nuestro cuerpo, de la que nadie quiere saber nada.

El enigma de la Esfinge es la pregunta sobre cuál es el ser que camina a cuatro patas al inicio; con dos, al medio; y con tres, al final. Edipo descifra el enigma: ese ser es el ser humano, en la infancia, en la vida adulta y en la vejez. Resuelto el enigma, la Esfinge se despeña al fondo del abismo<sup>[12]</sup>.

## GRIEGOS Y ROMANOS

Volviendo al mencionado «griego», cuando se habla de la Antigua Grecia enseguida imaginamos que allí todo el mundo andaba dándose por el culo alegremente en una especie de paraíso anal. Pero las cosas no eran tan sencillas. Si bien es cierto que el amor verdadero era el que se daba entre un adulto y un adolescente, la práctica sexual del coito anal estaba pautada con una serie de convenciones y limitaciones bastante contradictorias.

Para empezar, la pasividad en el adulto era muy mal considerada. Como nos explica Foucault en su obra *Historia de la sexualidad*:

«La relación entre dos hombres maduros será más fácilmente objeto de crítica o de ironía; y es que la sospecha de una pasividad siempre mal vista es más particularmente grave cuando se trata de un adulto<sup>[13]</sup>».

Pero, además, el joven adolescente, del que se espera una posición pasiva, tampoco debe mostrar placer en ser objeto de deseo, ni en el acto sexual. Existe una vigilancia de género muy articulada alrededor del sexo, llena de paradojas, controles y valores. Por ejemplo, esta relación adulto-adolescente está marcada por muchos rituales de cortejo, donde el adolescente no debe «darse fácilmente», ni el adulto abusar de su posición de poder o de superioridad.

Además, el esquema de la polaridad activo/pasivo está muy arraigado en la estructura del erotismo griego. Pero, en contra de cierta creencia común que relaciona al adolescente con lo femenino, en la antigua Grecia se desprecia enormemente la posibilidad de la molicie y del afeminamiento del efebo. Se esperan de él signos de virilidad, no físicos, pero sí de actitud: vigor, resistencia, ímpetu, una promesa de virilidad por venir. Y por eso mismo se considera muy negativamente que el adolescente disfrute abiertamente en el papel pasivo:

«Pero por otro lado, el muchacho, puesto que su juventud lo llevará a ser hombre, no puede aceptar reconocerse como objeto en esa relación que siempre se piensa en forma de dominación: no puede ni debe identificarse con ese papel. No podrá ser de buena gana, ante sí mismo, para sí mismo, este objeto de placer<sup>[14]</sup>».

Para el adulto las cosas tampoco son fáciles; en primer lugar, en ese paso de la etapa adolescente a la etapa adulta tiene que sufrir una especie de «amnesia» por la cual abandona el papel pasivo y pasa a adoptar un papel activo. ¿Pero es tan fácil olvidar lo que se ha vivido en la adolescencia? Los argumentos de esta ética están llenos de trampas: «no hay nada que olvidar, porque no experimentaban placer en esa época, como pasivos». Si previamente se ha prohibido el sentir placer, parece más fácil dar ese paso hacia el rol activo. Parece que aquí nadie tiene que sentir placer. Lo que se espera del adulto es una especie de sublimación donde transforme su atracción por el efebo en una relación de *filía*, de amistad profunda, que supere la mera relación carnal<sup>[15]</sup>.

Por supuesto, este juego de reglas y de valores no tiene por qué reflejar la realidad social, el sexo real que practicaban los griegos, del mismo modo que los actuales códigos de la «buena sexualidad» que nos propone la COPE, el Vaticano o el Partido Popular no reflejan en absoluto la realidad de sus prácticas sexuales. Sobre todo las del Vaticano.

Más bien sucede al revés, parece que en Grecia hay una gran preocupación en mantener ese sistema binario activo/pasivo, adulto/joven, infravalorando en todo momento el placer sexual en sí mismo. Pero es bastante difícil de creer que después de haber pasado

unos cuantos años de enclavamiento en la adolescencia (por muy adornados que estén de educaciones y rituales), uno olvide alegremente esa actividad y se convierta de pronto en un súper activo para el resto de su vida. También es difícil de creer que en todos esos actos de sexo anal el joven no experimentara placer, o que en realidad el joven no se follara al adulto cuando les diera a ambos la gana.

Cierta tradición homófila de escritores y artistas de finales del XIX y de principios del XX retomó la figura del efebo de la cultura griega y la transformó en una especie de ideal absoluto, elogiando, además, la belleza del efebo en relación con su ambigüedad sexual, y su atractivo afeminamiento. Como hemos señalado, este modelo idealizado se aleja mucho de los propios criterios de los griegos, bastante plumófobos en general (al menos según lo que reflejan todos los textos). Pero hay otro aspecto que también se ocultó en esta tradición de valoración de los efebos, y es que en la antigua Grecia también había una importante valoración de los cuerpos adultos, e incluso de los ancianos. Solo hay que ver la escultura griega para comprender su enorme interés y admiración del cuerpo del adulto; y, como nos dice Foucault:

«en el *Banquete* de Jenofonte se recuerda que se tenía cuidado en escoger como talóforos de Atenea a los más bellos ancianos<sup>[16]</sup>».

Pues sí, un aspecto olvidado de la antigua Grecia era que entonces se crearon los primeros clubes de *daddies*.

Siguiendo con los códigos griegos, y su herencia en la civilización romana, el historiador Paul Veyne nos explica que en estas épocas no se clasificaban las conductas en función del sexo del amado (poco importaba si eran mujeres o chicos), sino en función de la actividad y la pasividad:

«ser activo es ser un macho, sea cual sea el sexo de la persona llamada pasiva. Obtener placer de forma viril, o dar placer de forma servil, todo se basa en esto [...] Por ello, el adulto varón y libre que era homófilo pasivo (llamado *impudicus*, o *diatithemenos*) sufría un desprecio enorme<sup>[17]</sup>».

Parece que el odio a la marica plumera estaba ya muy extendido en Grecia y Roma, donde además se mantenía el malentendido común de que la persona pasiva es afeminada, o de que la persona afeminada es necesariamente pasiva. En este asunto hay ejemplos muy divertidos: en la época romana circulaban muchos rumores sobre los estoicos, de quienes se decía que escondían bajo su exagerada virilidad una feminidad secreta (¡¡los osos y los *leather* no somos tan originales!!). Incluso el propio Séneca fue objeto de este tipo de burla. También en Roma inventaron lo del *Don't ask don't tell* contra los pasivos, pues hay testimonios de que en Roma se expulsaba del ejército a los homosexuales pasivos. Pero es importante señalar que el rechazo del pasivo no se debía a su homofilia, sino a la pasividad en sí misma, que era considerada como equivalente a un defecto moral muy grave: la molicie, el afeminamiento<sup>[18]</sup>.

«El individuo pasivo no era afeminado a causa de su desviación sexual, sino al contrario: su pasividad era uno de los efectos de su falta de virilidad y esta carencia permanecía como un vicio capital, incluso si no se daba la homofilia. [...] El estado romano prohibió muchas veces los espectáculos de ópera porque afeminaban y eran poco viriles, a diferencia de los espectáculos de gladiadores<sup>[19]</sup>».

¡Parece ser que la tónica división «ópera para mariquitas, fútbol para machos» ya estaba presente en la civilización romana!

En todo caso, en todas estas prácticas de condena hacia el pasivo se cuela siempre esa identificación falsa entre pasivo=afeminado. Es decir, sin duda muchos hombres

«viriles» de la época griega y romana, adultos y de pelo en pecho, disfrutaban siendo penetrados, pero todo el entramado social y cultural ocultaba este hecho; aparece como cabeza de turco «el afeminado» como el único ser pasivo de toda su civilización, o dejando ese papel para el adolescente como única posibilidad no ignominiosa. De algún modo este personaje abyecto, el afeminado-pasivo, y esta identificación tan rígida tenía muchas ventajas: dejaba libre de «pecado» a todos aquellos que tuvieran un aspecto «masculino», y alejaba las sospechas de su posible placer anal.

Es interesante la lógica que se seguía en la cultura romana: la pasividad era una *consecuencia* de la falta de virilidad, no una causa. Este detalle es importante dado que en nuestra cultura actual la lógica es inversa: es el acto pasivo, el hecho de ser penetrado, lo que acarrea como consecuencia una pérdida de la virilidad. De hecho, parece que el mero acto de la penetración (como pasivo) «amaricon» automáticamente a la persona que lo experimenta<sup>[20]</sup>.

Como hemos comentado, en Roma o en Grecia el criterio que organizaba las sexualidades no era si a uno le gustaban las mujeres o los hombres, sino el valor de la masculinidad, la posición de poder, el ser activo o pasivo, la clase social superior asociada al papel activo.

«El tabú moral acerca del sexo anal “pasivo” en la antigua Atenas es formulado principalmente como una especie de higiene del poder social. *Ser penetrado es abdicar del poder*<sup>[21]</sup>».

En este sentido, hay otro ejemplo todavía más curioso en la cultura romana, una obsesión sobre un acto execrable del que hoy se habla poco pero que está muy documentado: la felación (*irrumatio*). La mamada en esta cultura era un acto aún más bajo que la penetración anal pasiva. Para los romanos, mamarla (es decir, se desprecia al que chupa la polla, que allí llamaban *pasivo*, aunque a nosotros nos parece algo súper activo) era lo peor de lo peor, el acto más bajo de sometimiento: obtener placer pasivamente dando placer al otro y, a su vez, ofrecer una parte de su cuerpo, la boca, a la entera disposición del otro. La cosa estaba tan mal vista que, según Marcial<sup>[22]</sup>, algunos hombres a los que habían pillado haciendo mamadas... ¡intentaban hacerse pasar por homófilos pasivos!; dado que la injuria en este caso era menor, era preferible confesar un acto de penetración pasiva a confesar que les gustaba hacer una buena mamada.

Como hemos visto, estos criterios de sexo condenable también están muy ligados a la clase social. Lo grave no es el acto en sí de la penetración, sino que esta la reciba una persona de clase alta, un hombre libre, y, sobre todo, que disfrute con ello. Lo que escandaliza no es el sexo en sí, *sino el deslizamiento de clase social que supone*, el adoptar una posición que solo debe tener el esclavo. Es importante señalar este punto para entender la cultura romana: el criterio que está funcionando es más una vigilancia de clase que de sexualidad.

## SODOMÍA: DE LOS JUDÍOS A LA INQUISICIÓN

El término *sodomía* proviene del nombre de la antigua ciudad Sodoma (SeDoM en hebreo, derivado de la raíz SOD = secreto), la cual, según la Biblia, fue destruida por Dios por sus muchos pecados. En el habla actual se identifica con la práctica del sexo anal a pesar de que Sodoma, en la Biblia, no fue castigada por dichos actos.

Tradicionalmente, los pecados que la ciudad de Sodoma cometía han sido conocidos como la práctica del sexo anal entre varones homosexuales, de hecho, en el imaginario popular y clerical, la razón del castigo era la práctica de la homosexualidad (por lo menos masculina) por parte de los sodomitas, la cual pasó a llamarse *sodomía*.

El erudito trabajo de John Boswell *Cristianismo, Tolerancia Social y Homosexualidad. Los gays en Europa occidental desde el comienzo de la Era Cristiana hasta el siglo XIV* explica con mucho rigor los malentendidos que hay en el origen de esta interpretación del término *sodomía*.

«La idea de que la conducta homosexual es condenada en el Antiguo Testamento proviene de varios pasajes. Probablemente el más conocido, y sin duda el que más influencia ejerció, es el relato de Sodoma, en Génesis, 19. En verdad, Sodoma dio su nombre a las relaciones homosexuales en lengua latina: a lo largo de la Edad Media, tanto en latín como en cualquiera de las lenguas vernáculas, la palabra más próxima a *homosexual* fue *sodomita*. Sin embargo, la interpretación puramente homosexual de aquel relato es relativamente reciente. Ninguno de los muchos pasajes del Antiguo Testamento que se refieren a la depravación de Sodoma sugiere delito de tipo homosexual, de modo que las asociaciones homosexuales tienen que tener su origen en tendencias sociales y en una literatura muy posteriores. No es probable que tales asociaciones desempeñaran un papel importante en la determinación de las actitudes de los primeros cristianos. Sobre la única base del texto, parecería que podrían extraerse cuatro conclusiones sobre la destrucción de Sodoma: 1) que los sodomitas fueron destruidos por la depravación general que, en primer lugar, incitó al Señor a enviar ángeles a la ciudad para que investigaran; 2) que la ciudad fue destruida porque el pueblo de Sodoma trató de violar a los ángeles; 3) que la ciudad fue destruida a causa de que los hombres de Sodoma trataron de inducir a los ángeles a involucrarse en relaciones homosexuales con ellos (obsérvese que no es lo mismo que 2); en la ley judía, la violación y la relación sexual son delitos que se castigan independientemente); 4) la ciudad fue destruida por no tratar con hospitalidad a los visitantes que enviara el Señor.

Aunque es la más evidente de las cuatro, la segunda posibilidad ha sido ampliamente ignorada por los estudiosos antiguos y modernos de la Biblia, probablemente debido a las ambigüedades que rodean a la violación homosexual. Desde 1955, los estudiosos modernos se inclinan cada vez más por la interpretación 4) subrayando que los matices sexuales del relato, si bien estaban presentes, eran de carácter secundario, y que el impacto moral del pasaje se relacionaba con la hospitalidad. Para decirlo brevemente, la tesis de esta línea de investigación sostiene que Lot violaba la costumbre de Sodoma (donde no fue ciudadano, sino meramente “residente”), al recibir por la noche a huéspedes desconocidos en el recinto amurallado de la ciudad sin el permiso de los ancianos de esta. Cuando los hombres de Sodoma se reunieron para pedir que se llevara a los forasteros a su presencia, pues “ellos querían *conocerlos*”, no querían decir otra cosa que “saber” quiénes



eran, y, en consecuencia, la ciudad no fue destruida por inmoralidad sexual, sino por el pecado de falta de hospitalidad con los forasteros<sup>[23]</sup>».

La sodomía en la Edad Media y en la Edad Moderna incluía diversos «actos contra natura», pero principalmente era empleada en el caso del sexo anal. Como hemos visto, el origen del término está en la *Biblia*, en la historia de Sodoma y Gomorra. La identificación del «pecado de Sodoma» con el sexo anal y no con la falta de hospitalidad o la lujuria en general, se documenta por primera vez en san Agustín. La palabra «sodomía» aparece por primera vez en el siglo XI, en el *Liber Gommorrhianus* del monje benedictino Petrus Damianus, para el que la palabra incluía todas aquellas actividades sexuales que no servían para la reproducción. Las lesbianas eran ignoradas en gran medida aunque las mujeres que practicaban el sexo anal también caían bajo el epíteto *sodomita*. Como veremos más adelante en el apartado sobre Foucault y la aparición del «homosexual», la sodomía no describía un «tipo de personalidad», sino solo el acto sexual en sí.

Las primeras persecuciones de homosexuales a causa del sexo anal son de mitad del siglo VI cuando el emperador bizantino Justiniano y su esposa Teodora prohíben los «actos contra natura» por motivos políticos amparándose en razones religiosas. La ley preveía como castigo la castración y el paseo público por las calles. No hay pruebas de que la iglesia ortodoxa apoyara el edicto en ningún momento.

Hasta el siglo XIII, la sodomía no era castigada en la mayoría de los países europeos, no era más que uno de tantos pecados que aparecían en los textos eclesiásticos. La actitud cambió en el transcurso de las cruzadas, en las que la propaganda anti-islámica identificaba a los musulmanes con sodomitas que violaban a obispos y niños cristianos (ya vimos que el sodomita es siempre «el otro»). Poco después, se identificaba la sodomía con la herejía y, entre 1250 y 1300, se introducían leyes que castigaban con la muerte el pecado. Estas leyes se emplearon sobre todo como herramientas políticas, como fue el caso de los templarios o del asesinato de Eduardo II de Inglaterra, o en situaciones donde peligraba la paz social, como en casos de violaciones o pederastia. En general, la homosexualidad estaba bastante extendida, siendo el elemento clave la discreción. De hecho, por ejemplo, es conocido el caso de Leonardo da Vinci, que fue acusado varias veces de sodomía de forma anónima. En la Florencia de la época, bastaba con depositar una denuncia anónima en un buzón (el «tamburo») para delatar a un sodomita.

«Os notifico, Signori Officiali, de un hecho cierto, a saber, que Jacopo Saltarelli, hermano de Giovanni Saltarelli, vive con este último en la orfebrería de Vacchereccia enfrente del *tamburo*: viste de negro y tiene unos diecisiete años. Este Jacopo ha sido cómplice en muchos lances viles y consiente en complacer a aquellas personas que le pidan tal iniquidad. Y de este modo ha tenido muchos tratos, es decir, ha servido a varias docenas de personas acerca de las cuales sé muchas cosas y aquí nombraré a unos pocos: Bartolomeo di Pasquino, orfebre, que vive en Vacchereccia; Leonardo di Ser Piero da Vinci, que vive con Verrocchio; Baccino el sastre, que vive por Or San Michele, en esa calle donde hay dos grandes tiendas de tundidores y que conduce a la loggia dei Cierchi; recientemente ha abierto una sastrería; Lionardo Tornabuoni, llamado *il teri*, viste de negro. Estos cometieron sodomía con el dicho Jacopo, y esto lo atestiguo ante vos<sup>[24]</sup>».

Leonardo da Vinci fue absuelto a condición de no reincidir en sus aventuras sodomíticas. Después de dos meses, la denuncia fue desestimada *cum condizione ut retamburentur*, es decir, a condición de que no hubiese nuevas denuncias en el *tamburo*, y, aunque el 7 de junio se repitió la denuncia, la respuesta fue la misma, probablemente por la ausencia de testigos. La sodomía era teóricamente un delito extremadamente grave,

castigado con pena de muerte, pero igual de difícil de probar. También era un delito por el que rara vez se dictaba castigo en la Florencia de esa época, donde la homosexualidad estaba lo suficientemente extendida y tolerada para crear la palabra *Florenzer* (Florentino) como argot para homosexual en Alemania (una vez más, el sodomita es el vecino). Las falsas denuncias eran muy comunes en ese tiempo, especialmente aquéllas hechas de forma anónima por los enemigos. Este pudo haber sido el caso de Leonardo. En su larga carrera después de salir de Florencia, no tuvo cargos adicionales, e incluso algunos historiadores plantean que, del susto, el pobre Leonardo no volvió a mariconear más en toda su vida, pero esto no está probado.

Y, volviendo a los malos vecinos, es interesante el origen medieval de nuestra palabra *bujarrón*. Esta palabra nos llegó por el idioma francés, con la palabra *bougre* que significaba *búlgaro*, por referencia a una secta medieval herética de Bulgaria, los Bogomiles (*bugger* en inglés). Como esta secta estaba enfrentada a la Iglesia católica, enseguida fueron acusados de dedicarse a la práctica de la sodomía aunque no hay datos históricos concretos de que tuvieran especial interés por el sexo anal (o al menos no más que el interés que siempre han mostrado por él los dirigentes de la propia Iglesia católica)<sup>[25]</sup>.

Es interesante la observación que hace Boswell sobre la indiferencia hacia el género de los sodomitas a la hora del castigo:

«Unos poquísimos libros penitenciales primitivos gozaron de amplia autoridad y ejercieron duradera influencia. Uno de ellos fue la colección de Reginon de Prüm (m. 915). Su enfoque de la sexualidad y de los pecados sexuales —como el de la mayoría de sus contemporáneos— era indiferente al género de que se tratara. Para Reginon, lo que constituía pecado era el acto, no las partes involucradas: la penitencia por coito anal (tres años) era exactamente la misma para dos varones que para una pareja casada, y no era más severa que la que correspondía a la simple fornicación heterosexual<sup>[26]</sup>».

En España se encargaban de los castigos los tribunales civiles de las ciudades que, hasta la época de los Reyes Católicos, castigaban con la castración o la lapidación, un castigo que más tarde se modificaría por la quema en la hoguera para los casos más graves<sup>[27]</sup>.

La Inquisición española solo se encargaba de juzgar la sodomía en la Corona de Aragón. En general, lo comentado para Europa es válido para España, con la diferencia de que no fueron las cruzadas sino la percepción de los reinos peninsulares musulmanes lo que llevó a identificar la sodomía con el islamismo y la herejía.

En su conocido texto *Gracias y desgracias del ojo del culo*, Quevedo hace una descripción bastante sorprendente de los usos del culo, omitiendo completamente toda la represión que, desde hacía siglos, vivían los sodomitas:

«Pero ¿cuándo por el pacífico y virtuoso ojo del culo hubo escándalo en el mundo, inquietud ni guerra? ¿Cuándo, por él, ningún cristiano no aprendió oraciones, anduvo con sinfonías, se arrimó a báculo ni siguió a otro, como se ve cada día por falta de los de la cara que expuestos a toda ventisca e inclemencia, de leer, de fornicar, de una purga, de una sangría, le dejan a un cristiano a buenas noches? Pruébenle al ojo del culo que ha muerto muchachos, caballos, perros, etcétera; que ha marchitado hierbas y flores, como lo hacen los de la cara, mirando lo ponzoñosos que son: por lo que dicen que hay mal de ojo. ¿Cuándo se habrá visto que por ser testigo de vista hayan ahorcado a nadie por él, como por los de la cara, que con decir que lo vieron forman sus calumnias los escribanos? Fuera de que el ojo del culo es uno y tan absoluto su poder, que puede más que los de la cara juntos.

¿Cuándo se ha visto que en las irregularidades se metan con el ojo del culo?».

A pesar de darnos esta visión idílica del culo como un espacio pacífico, donde nunca ha habido preocupación, inquietud ni persecución, cuando escribe *la última desgracia* del ojo del culo, nos muestra la cruda verdad:

«Finalmente, tan desgraciado es el culo que siendo así que todos los miembros del cuerpo se han holgado y huelgan muchas veces, los ojos de la cara gozando de lo hermoso, las narices de los buenos olores, la boca de lo bien sazonado y besando lo que ama, la lengua retozando entre los dientes, deleitándose con el reír, conversar y con ser pródiga y una vez que quiso holgar el pobre culo le quemaron».

Suponemos que la «quema» de la que habla Quevedo es precisamente la de los sodomitas de su época, lo cual contradice la visión idílica del culo que da al comienzo de su texto. El propio Quevedo menciona a los bujarrones y el culo en un insultante poema contra Góngora:

### CONTRA DON LUIS DE GÓNGORA Y SU POESÍA

Este cíclope, no siciliano,  
del microcosmo sí, orbe postrero;  
esta antípoda faz, cuyo hemisferio  
zona divide en término italiano;  
este círculo vivo en todo plano;  
este que, siendo solamente cero,  
le multiplica y parte por entero  
todo buen abaquista veneciano;  
el minoculo sí, mas ciego vulto;  
el resquicio barbado de melenas;  
esta cima del vicio y del insulto;  
este, en quien hoy los pedos son sirenas,  
este es el culo, en Góngora y en culto,  
que un bujarrón le conociera apenas.

Las leyes contra la sodomía se mantuvieron en los países europeos y, en general, en las naciones occidentales hasta los siglos XIX y XX. En Francia, las leyes contra la sodomía fueron anuladas durante la Revolución Francesa. En Inglaterra, Enrique VIII introdujo la *Buggery Act* en 1533, que castigaba la sodomía (llamada *buggery*, ya hemos visto su origen en «el otro», el búlgaro en este caso) con la horca. La ley no fue eliminada hasta 1861. En Alemania, el párrafo 175 no fue completamente abolido hasta 1994<sup>[28]</sup>.

### 3. CULO, SEXO Y GÉNERO: POLÍTICAS ANALES

*Apróstata: dícese del varón que, habiendo sido bautizado en su dimensión anal, decide renunciar a ella para siempre.*

¿Es el culo, el ano, el recto un órgano sexual? No, se nos dirá desde la medicina, es una parte del aparato digestivo que no tiene ninguna función reproductora, por lo tanto no es un órgano sexual. Y, como dicen la Iglesia católica y los grupos homófobos, es una perversión su uso erótico ya que no tiene una función reproductora. Bien, por esa misma lógica, como señala Freud, la boca, como es otra parte del aparato digestivo (precisamente el otro extremo en relación al ano) tampoco debería usarse en el juego erótico: su uso sexual, el beso, es entonces también una perversión. En realidad, como sabemos, el culo siempre se ha usado como un órgano para el sexo, y es ahí donde el sistema dominante de sexo y género empieza a temblar. La lógica tradicional heterocentrada, con su binarismo pene (varón) - vagina (mujer), como modelo de «lo natural», lo normal, lo armonioso, lo que debe ser, se viene abajo cuando entra en juego un órgano que es común a todos los sexos, y que no está, por tanto, marcado por el género masculino o femenino<sup>[29]</sup>.

Es un lugar extrañamente vacío de las marcas del género. El binarismo sexual y el mito de la cópula heterosexual-reproductiva no pueden operar con ese lugar de lo anal, desafía su lógica y lo pone en entredicho. Incluso cuestiona otro binarismo, el que divide a los seres humanos en heterosexuales y homosexuales. Aunque, como ya hemos visto, una tradición milenaria identifica continuamente la sodomía con la penetración entre hombres, la realidad es que también hombres y mujeres se penetran analmente en todas las combinaciones posibles, con lo cual en la práctica se desmorona esa división. Y si lo que define a un homosexual ya no es la penetración anal, ¿qué lo define? Dejamos esa pregunta absurda a la curiosidad médico-sexológica. A nosotros lo que nos importa precisamente es la incoherencia de esas definiciones.

Lo que nos ha enseñado la historia del sexo es que este es algo muy maleable, dúctil, variable; discursos médicos recortan partes del cuerpo de diferentes maneras como sexuales según épocas, contextos, discursos, lugares. La mano puede ser un órgano sexual en un siglo y no serlo en el otro. El clítoris hace su aparición en un momento dado de la historia de la medicina, en el siglo XVI, pero su percepción como órgano sexual y su función cambian en el siglo XIX. Hasta el siglo XVIII existía la teoría del sexo único, es decir, solo existía un sexo, el masculino, y todo lo que tenía la mujer era igual a lo del hombre, que era el prototipo, pero invaginado. El trabajo de Thomas Laqueur sobre la construcción social del sexo es fundamental para entender los condicionantes culturales y sociales de eso que llamamos *sexo*<sup>[30]</sup>.

Pero, lo que queremos señalar aquí, es que en las genealogías sobre el sexo y el género no hay ninguna referencia a la importancia de lo anal, a su función reguladora sobre lo normal y lo patológico, ni sobre su relación clave con la masculinidad y la feminidad. Los discursos en torno al sexo anal configuran importantes valores y determinan prácticas muy concretas: desde quemar a sus practicantes en la hoguera (como hemos visto en el capítulo anterior) hasta ahorcarlos o fusilarlos (en la actualidad en 8 países la práctica del sexo anal entre hombres está condenada a la pena de muerte: Afganistán, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Irán, Mauritania, Nigeria, Sudán y Yemen; en algunos estados de EEUU el sexo anal consentido de mutuo acuerdo entre adultos es un delito). Ochenta y

cinco países persiguen la homosexualidad. La condenan con cárcel, flagelación, internamiento en psiquiátricos o campos de trabajo. Y, en todos estos casos, el detonante, el indicador, la prueba física del delito es la práctica del sexo anal. No estamos hablando solo de agresiones verbales o discriminatorias, estamos hablando del asesinato de miles de personas a lo largo de la historia, y en el momento actual.

Muchos pueblos no sabían que había una relación directa entre el coito y la reproducción. Del mismo modo, el culo, lo anal, ha sido algo sexual en muchos momentos, pero a priori es una sexualidad que no es «de hombres» ni «de mujeres», no es masculina ni femenina, no es reproductiva, no es genital. De hecho, ni siquiera necesita de un pene; la gente (se) penetra con dildos, manos, dedos, pies, objetos, lenguas. Provoca emociones eróticas, sexuales y de placer sin ser reconocido como órgano sexual. Entonces, ¿qué es la sexualidad? ¿Hasta dónde llega, cómo definirla, atraparla, recortarla, conceptualizarla? ¿Qué es exactamente lo genital? El sexo anal desmantela esas preguntas. Incluso, si lo llamamos *sexo anal*... ¿dónde está aquí el sexo? ¿En qué parte exactamente?

En el Marqués de Sade encontramos uno de los pocos elogios que existen en la historia del pensamiento y de la literatura sobre el sexo anal. Su libro *La filosofía en el tocador* es un curioso texto donde se mezclan numerosas escenas de sexo anal con reflexiones sobre el deseo, la sexualidad, las relaciones humanas y la política. En esta obra, Sade llega incluso a cuestionar el modelo clásico de la copulación pene-vagina, y va a plantear que el lugar natural del pene para la penetración es el ano. Uno de los protagonistas, Dolmancé, afirma lo siguiente:

«Jamás la naturaleza, mi querido caballero, si analizas detenidamente sus leyes, ha indicado otros altares para nuestros homenajes que no sea el orificio de atrás; permite lo demás, pero ha dispuesto que sea en el trasero. ¡Ah, santo Dios! Si no hubiese sido su intención que penetrásemos culos, ¿habría hecho tan proporcionado su orificio a nuestros miembros? ¿Acaso este orificio no es redondo como ellos? Solo un insensato puede pensar que un agujero ovalado pueda haber sido creado por la naturaleza para ser penetrado por miembros redondos<sup>[31]</sup>».

Sade, además, va a insistir en que, dentro del acto de sodomía, es el pasivo el que disfruta de un mayor placer sexual. Quizá por primera vez en la historia de la literatura encontramos una valoración positiva del lugar receptor en la penetración anal. Sade va a desarrollar en el libro diversos argumentos donde hace una lectura política del sexo anal: considera que es una práctica que libera a la mujer de la pesada carga de la procreación, dado que esta práctica no es reproductiva.

Otro caso bien distinto de referencias al sexo anal lo encontramos en su uso como forma de llegar virgen al matrimonio. En algunos países, al sexo anal entre hombre y mujer se le denomina *sexo a la irlandesa* porque parece ser que se trataba de una práctica habitual para evitar perder la virginidad. Lo mismo se dice de los gitanos aunque, en realidad, puede que se trate más de un rumor racista que de algo contrastado. En todo caso, lo que nos interesa de estas expresiones es el reconocimiento de la práctica del sexo anal como una suerte de desplazamiento del sexo vaginal a partir de la sobrevaloración de la virginidad que ha realizado históricamente la Iglesia católica. De hecho, parece que la iglesia siempre ha querido tapar todos los agujeros porque ha sido la mayor represora de la sodomía durante siglos. Incluso hoy en día su ensañamiento cotidiano contra los gays, lesbianas y transexuales nos recuerda este triste pasado.

El 30 de junio de 2005, el grupo ultraderechista Foro de la Familia, con el apoyo del PP y de la Iglesia católica, convocó una manifestación en Madrid contra el derecho al

matrimonio para las personas homosexuales. La manifestación no pasó a la historia por la presencia en ella de numerosos obispos (que jamás habían acudido a ningún tipo de manifestación), sino por las declaraciones de una señora que asistía a la manifestación y que fue entrevistada por la COPE. Sus palabras fueron emitidas en directo por la COPE y, después, visto su hilarante contenido, se difundieron en numerosas radios y en foros de Internet hasta convertirse en una joya de la historia de la reflexión sobre el sexo anal. Este es el contenido de la famosa entrevista:

—REPORTERO: «Una madre de familia se ha acercado aquí con parte de su prole. Aquí tenemos a sus dos niños al lado. Margarita, buenas tardes».

—MARGARITA: «Buenas tardes».

—REPORTERO: «Encantada de estar aquí, apoyando la manifestación...».

—MARGARITA: «Igualmente; mira, sí, estoy encantada porque soy madre, y esposa, y tengo ocho hijos. Y pienso que esta ley me agrade especialmente a mí como madre, porque si una mujer no se siente protegida por las leyes civiles y por su marido, difícilmente querrá tener hijos. Y luego quiero decir otra cosa. Estudié Neurociencia cuando hacía Psicología, entonces allí nos hablaban de que cuando los animales tienen lesionada una glándula que se llama las amígdalas, empiezan a presentar comportamientos tales como los que hacen los homosexuales: copular por el ano, en donde el ano al recibir esos... esos espermias no pueden nunca engendrar, porque se encuentran con caca. Entonces yo no creo que eso sea interesante para la sociedad en ningún aspecto...<sup>[32]</sup>».

En contra de la creencia común de que el ano o el recto o el intestino no puede ser fecundado, nos enteramos gracias a Margarita de que en realidad es «la caca» lo que impide que un chico se quede embarazado. Gracias a Margarita y a la COPE, podemos recordar una de las asociaciones que más se utiliza para desprestigiar el sexo anal: su posible proximidad con las heces. Aparte de impedir la fecundación masculina (Margarita *dixit*), las heces se utilizan a menudo como argumento contra el uso placentero del culo. En realidad, del mismo modo que uno se puede lavar el coño o la polla antes de follar, el culo también se limpia. El hecho de que hombres y mujeres meen por la misma zona de los órganos genitales no hace que rechacemos el sexo como algo asqueroso o antihigiénico.

Pero la derecha de toda la vida no es la única que tiene un problema con lo anal. Las distintas izquierdas tampoco escapan al pánico anal, y en muchas de sus manifestaciones es habitual escuchar todo tipo de mensajes e iconografías donde la penetración pasiva es sinónimo de lo peor, de la humillación, de lo abyecto. Es típica la imagen del obrero a cuatro patas con los pantalones bajados siendo penetrado por el patrón, y otros muchos chistes y carteles donde «el malo» da por el culo «al bueno». Tenemos una interesante reflexión sobre esto en la introducción del libro *El eje del mal es heterosexual*:

«Con oraciones como “Con este gobierno vamos de culo” nos estaríamos situando dentro de una gran paradoja política: según los manifestantes, resultaba que el gobierno de Aznar no solo institucionalizaba el placer anal, sino que semejante placer era central para la ejecución de su política neoliberal.

Mientras, nosotras alzábamos nuestros culos en contra del militarismo y del capitalismo (“Placer anal contra el capital”). Fueron frases como “Aznar, hijo de puta” las que hicieron que una asociación de trabajadoras del sexo reaccionara y acudiese a las concentraciones sosteniendo una pancarta en la que declaraban que Aznar no era hijo suyo. Dentro de este marco de manifestaciones contra la guerra, veíamos a dos tíos disfrazados de Bush y Aznar, o de Bin Laden y Sadam Hussein, Blair mediante —la lectora puede componer la representación siguiendo cualquier tipo de combinación pueril con estos cinco

elementos—, simulando que estaban follando, que uno le daba por culo a otro, etc. Lejos de proclamar una mariconalización del mundo como marco perfecto para acabar con la guerra (“¡Guerras sí, guerras no!”), no solo reiteraban la apelación a un marco homoerotizado (en este caso, la guerra), siguiendo los preceptos de la heterosexualidad obligatoria, sino que además calificaban las prácticas homoeróticas como abyectas<sup>[33]</sup>».

La tradicional homofobia de los comunistas y de los socialistas se suele ver corroborada con una nula apertura al mundo anal, cuando no con una verdadera obsesión por la burla hacia el mismo. Tampoco la retórica machirula de los movimientos independentistas suele tener en cuenta la gran contradicción que existe entre querer un Estado independiente, y llevarse a la vez lo peor de sus instituciones y de su represión sexual (por fin tendré «mi» policía, mis tribunales, mi ejército, mi homofobia y mi machismo; pero los culos abertzales, catalanes, corsos o bretones seguirán tan cerrados como los culos españoles). No hay un debate sobre el papel que tendrían el feminismo y las políticas contra la homofobia, la lesbofobia y la transfobia en esa nueva sociedad (socialista, comunista, independiente); eso queda siempre para el final de la agenda, es «superestructura», algo «meramente cultural», no tan importante como el nuevo Estado, o como las cuestiones económicas. Como explica Judith Butler:

«¿Por qué un movimiento interesado en criticar y transformar los modos en los que la sexualidad es regulada socialmente no puede ser entendido como central para el funcionamiento de la economía política? En realidad, sostener que esta crítica y transformación son una cuestión central para el proyecto del materialismo se convirtió en la cuestión decisiva planteada por las feministas socialistas y las personas interesadas en la confluencia del marxismo y el psicoanálisis en las décadas de 1970 y 1980, y fue claramente iniciada por Engels y Marx cuando insistían en que el “modo de producción” tenía que incluir formas de asociación social [...] De hecho, muchos de los debates feministas de aquel periodo trataron no solo de caracterizar a la familia como una parte del modo de producción, sino también de demostrar cómo la producción misma del género debía ser entendida como parte de la “producción de lo propios seres humanos conforme a las reglas que reproducía la familia heterosexual normativa”<sup>[34]</sup>».

Lo que estamos planteando en este libro es precisamente esto, que el género también se produce por medio de la regulación del culo, y que, de hecho, el acceso a «lo humano» también tiene que ver con esta cuestión en la medida en que el sexo anal puede acarrear ni más ni menos que la muerte en 8 países del mundo, y la cárcel en más de 80. Si esto no es un dispositivo que decide sobre la humanidad de las personas, que nos den otro ejemplo mejor.

Cuando decimos que en este libro queremos mostrar lo que se produce alrededor de la cuestión del culo, estamos diciendo que esas líneas que lo controlan, lo vigilan, lo estigmatizan o lo promueven conforman una política. El culo es un espacio político. Es un lugar donde se articulan discursos, prácticas, vigilancias, miradas, exploraciones, prohibiciones, escarnios, odios, asesinatos, enfermedades. Llamamos política precisamente a esa red de intervenciones y de reacciones. Porque para entender las causas y las condiciones de la homofobia, del machismo y de la discriminación en general tenemos que entender cómo se relaciona lo anal con el sexo, con el género, con la masculinidad, con las relaciones sociales.

Pongamos un ejemplo muy llamativo: en febrero de 2009 un tribunal popular de Vigo absolvió a Jacobo Piñeiro de dos delitos de asesinato. El autor, que reconoció haber asestado 57 puñaladas a dos jóvenes en una vivienda de la calle Oporto, fue absuelto de los

dos delitos de asesinato que pedían las respectivas acusaciones al considerar el jurado que el asesino acabó con las vidas de las víctimas en «legítima defensa» y por «miedo insuperable» a ser violado. Aquí entra en juego el fantasma del sexo anal, y la justificación social de ese extraño «pánico», un pánico que no se comprende fácilmente ya que el mismo acusado había aceptado de buen grado acudir a la casa de los jóvenes gays tras conocerlos en un bar de ambiente.

«Ni las pruebas de la fiscalía, ni los testimonios de los peritos de la Policía Científica, ni la confesión del propio acusado, que admitió haber asestado 57 puñaladas a dos jóvenes con los que acabó tras una noche de marcha, fueron suficientes para que un jurado popular condenase por asesinato a Jacobo Piñeiro por el *crimen de la calle Oporto*. Su reciente absolución ha causado estupor en Vigo, donde el tribunal del jurado de la sección 5ª de la Audiencia Provincial dio a conocer, el viernes pasado, el veredicto exculpativo de los delitos de asesinato y hurto, condenando al acusado por el de incendio. Un mazazo para los familiares de las víctimas<sup>[35]</sup>».

Cuando hablamos de lo político, y del régimen heterocentrado, parece que hablamos de algo que está ya ahí, constituido desde siempre de forma estable, un «otro» que es responsable de todos nuestros males. Creemos que sería conveniente invertir esta lógica, y mostrar que se trata de un régimen muy complejo que se construye día a día, un régimen en cuya elaboración participamos tod@s en mayor o menor medida. Queremos recordar desde aquí que todas esas risitas hacia el pasivo, incluso dentro del ambiente gay, todos esos chistes de maricones a los que dan por el culo, todas esas expresiones negativas hacia el sexo anal, ese acoso a los niños mariquitas con la amenaza de la penetración, todo eso forma parte de este régimen de terror que llamamos *régimen heterocentrado*, un régimen que impone su ley y su violencia desde el machismo y la misoginia, desde el presupuesto de que tod@s somos heterosexuales, de que solo hay dos sexos, de que nadie debe salirse de sus roles de género, del odio y la persecución a las bolleras, los trans y los maricas, un régimen que respira y crece día a día desde los pulpitos de las iglesias y las mezquitas, desde las escuelas, los juzgados, desde las familias, desde radios, televisiones y periódicos.

Como hemos visto, en la construcción de la masculinidad contemporánea juega un papel clave la represión de lo anal, y creemos que falta un debate serio y amplio sobre esto. Hay que dejar bien claro que esta cuestión forma parte de este entramado de odio y de violencia. Cuando Jacobo Piñeiro asesta esas 57 puñaladas a dos jóvenes gays, tenemos que desentrañar qué hay detrás de ese miedo «insuperable» y su relación con el sexo anal. Cuando el jurado popular le absuelve, tenemos que reconocer que ahí, en «lo popular», en el pueblo, ha calado muy bien ese mensaje milenario contra el sexo anal, «es comprensible que tuviera miedo, imagínate, igual lo iban a penetrar». Miedo insuperable, homofobia insuperable.

Nuestro querido amigo Paco Vidarte publicó un magnífico libro pocos meses antes de morir. El libro se llama *Ética marica*, y es un texto fundamental para comprender cómo se articulan hoy en día las diversas luchas sociales y políticas en su relación con las minorías sexuales.

«Una Ética Marica deberá ser decididamente anal: una Analética [...]. No es lo mismo lo que el poder entiende por el culo de un marica, que lo que una marica entiende que es su culo. Para el poder somos putos culos, culos sin yo, sin posibilidad, necesidad ni aptitud para llevar iniciativa política alguna. Culos para darles, para que les den. Culos que reclaman servicios públicos para no cagarse por las aceras: está bien, se los daremos, no mola que nos llenen todo de mierda. Culos despolitizados. Pues bien, yo mi culo lo tengo



colectivizado, que no es lo mismo que ser mi culo. Tengo un culo solidario, que no es igual que tener un culo que busca su placer egoístamente. Tengo un culo entregado, que no es lo mismo que un culo vampiro. Tengo un culo comprometido, incapaz de follar con rabos anónimos, de derechas, depauperados, inmigrantes: dándole todo igual. O, al menos, esa es la ética a la que aspira, su analética. Ya sabemos a lo que nos ha conducido la ética racional, la ética hecha con el cerebro; lo mismo una puta ética hecha con el culo nos resulta menos perjudicial, más inmediata, más franca, más carnal, más callejera, más animal, más apegada a las necesidades básicas de la gente que anda con el culo al aire. [...] Me fascina pensar en un movimiento LGTBQ que pusiera en práctica una política de agujero negro: absorber todo, apoderarse de todo, chuparlo todo sin dar nada a cambio. Sobre todo, no dar nada de nosotras mismas, no dejar que se escape hacia afuera ni siquiera una parte mínima de nuestros efluvios esenciales. No darle nada al sistema y robarle todo lo que caiga en las proximidades de nuestro negro ojete<sup>[36]</sup>».

Como se puede ver, este texto de Paco ha sido el principal inspirador de nuestro libro y, por ello, se lo hemos dedicado. Entre otras muchas cuestiones, Paco desarrolla una innovadora propuesta política y ética de lo anal. Pero no de una analidad pasiva ni vergonzante, sino activa, vinculada a una relación de negación respecto al poder. No darle nada, y absorberlo todo. Paco abre la posibilidad de una nueva política marica, bollera o trans donde no hay intercambio, ni diálogo, ni negociación. En realidad lo que está proponiendo es un giro histórico, la posibilidad de una analidad activa, de un culo activo, de un culo que selecciona, elige, decide, capaz de crear su propia ética, una ética no universal y que, además, no facilita al poder ningún saber.

La ciencia, la antropología, la medicina, el psicoanálisis, la sociología, la sexología, la prensa, todos quieren saber sobre los maricas, las bolleras, l@s trans, las minorías sexuales. Nos piden que hablemos, que confesemos, que negociemos, que nos expliquemos, que digamos cómo somos y qué queremos. La ética anal de Paco se va a negar a todo eso. Se acabó el diálogo y el informar. Porque las condiciones de ese saber están amañadas de antemano, porque las condiciones del diálogo están manipuladas, parten de un desequilibrio de poder, de quien tiene el poder para escribir sobre nuestras vidas, cosificarnos, clasificarnos, documentarnos, convertirnos en un objeto. Ese contexto homófobo y machista está ya prescrito de antemano por eso no hay que caer en el juego: no responder, no pedir nada, no decir nada. Solo ser un agujero negro:

«Luego, dándole vueltas al agujero negro, me vino a la mente la necesidad de personalizar esta política, hacerla nuestra, darle unas señas indiscutibles de identidad. Y del agujero negro pasé al ojo del culo. De nuevo el culo se me ofrecía a la reflexión como portador de valores insondables, inexplorados, la mayoría aún por descubrir, estando como están ahí delante, o detrás, absolutamente expuestos y accesibles. El sempiterno error de pensar con el cerebro y no pensar con el culo. De hacer políticas cerebrales y no políticas anales. Otra vez la Analética se cruzaba en mi camino. Hacer del culo nuestro instrumento político, la consigna fundamental de otra militancia LGTBQ, diseñar una política anal muy básica: todo para dentro, recibir todo, dejar que todo penetre y hacia fuera solo soltar mierda y pedos, esta es nuestra contribución escatológica al sistema. Habrá quien vea en esto la típica política de una pasiva fundamentalista. No me parece mal. Pero oponer esta política anal a la política falócrata de toda la vida no creo que sea mala cosa. El esfínter es perfectamente capaz de convertirse en sujeto político, cerrarse y abrirse, dilatarse o contraerse, como dicen los heteros inconscientemente necesitados de una penetración, que no quepa ni el bigote de una gamba. El culo siempre ha sido objeto de violación, de

vejación, de estigmatización. De deseo. Una pasividad más pasiva que toda pasividad. Mero receptor. Órgano penetrable, trasero, vulnerable, poco vigilado, cuya única actividad política, su única iniciativa propia reconocible era el arrimarse a la pared como estrategia defensiva. Siempre ha habido una política anal. No me la estoy inventando yo ahora. Yo lo que me estoy inventando es otra política anal diferente. Que no vaya a la defensiva, que no sea meramente receptiva, que no sea vergonzante: méteme todo lo que yo quiero que entre por mi culo y luego recoge mis cagadas y huele mis pedos. Sinceramente, yo no veo otra manera de relacionarme con el sistema. Y me he dado cuenta de que llevo mucho tiempo haciéndolo sin ser consciente de ello. Y de que hay mucha gente que anda en las cercanías<sup>[37]</sup>».

A finales de los años 80, el poeta y ensayista marica argentino Néstor Perlongher también había señalado esta relación entre el poder y la analidad. En su escalofriante texto *Matan a un marica* leemos lo siguiente:

«Para decirlo rápido, estas fuerzas convergen en el ano; todo un problema con la analidad. La privatización del ano, se diría siguiendo al *Antiedipo*, es un paso esencial para instaurar el poder de la cabeza (logo-ego-céntrico) sobre el cuerpo: “solo el espíritu es capaz de cagar”. Con el bloqueo y la permanente obsesión de limpieza (toqueteo algodónoso) del esfínter, la flatulencia orgánica sublimase, ya etérea. Si una sociedad masculina es —como quería el Freud de *Psicología de las Masas*— libidinalmente homosexual, la contención del flujo (limo azul) que amenaza estallar las máscaras sociales dependerá, en buena parte, del vigor de las cachas. Irse a la mierda o irse en mierda parece ser el máximo peligro, el bochorno sin vuelta (el no llegar a tiempo a la chata desencadena, en El Fiord de Osvaldo Lamborghini, la violencia del Loco Autoritario; Bataille, por su parte, veía en la incontinencia de las tripas el retorno orgánico de la animalidad). Controlar el esfínter marca, entonces, algo así como un “punto de subjetivación”: centralidad del ano en la constitución del sujetado continente<sup>[38]</sup>».

El ano es una gran metáfora del control de los sistemas sociales. Podemos definir un sistema como una estructura topológica (lo espacial) con un dispositivo termodinámico (la energía que circula por ese espacio). Lo político es una regulación de esos espacios y de esos flujos de energía. Todo sistema social es un sistema abierto, necesita de intercambios de energía, información, población, fuerza, materia. Intentad cerrar una ciudad y morirá. Intentad cerrar el culo de una persona y morirá.

Ese control llega hasta nuestros cuerpos, nos obliga a ceñirnos a unos roles de género y sexuales, cómo actuar, follar, trabajar, vestir, vivir. Incluso llega a regular nuestros esfínteres: solo debe ser un espacio de salida, nunca de entrada. Al menos como valor público. Como ya hemos señalado, en realidad hay un despliegue enorme de penetraciones anales. El porno, por ejemplo, es una máquina de producción de imágenes y una tecnología del género; en el cine porno, tanto hetero como gay, aparecen penetraciones anales continuamente, es casi un requisito indispensable. Hay en esto una esquizofrenia que explica el malestar de lo anal: todo el mundo fantasea con ello, lo desea, le excita, lo mira, lo practica en secreto; el porno lo promueve, lo valora, lo explota, lo pone en el centro de su discurso. Pero de cara a lo público, a los valores sociales, que te den por el culo es lo peor. ¿Cómo se explica esa doble moral? Se trata de un enorme armario del que nadie habla, el armario del sexo anal.

Un ejemplo curioso de la relación entre lo sexual y lo anal se da en el idioma francés. En francés, la palabra *cul*, *culo*, es sinónimo de sexo. Un *film de cul* es un film porno (no porno gay, sino de cualquier tipo). *Une histoire de cul* (una historia de culo) es

haber follado, es tener sexo con alguien, pero no analmente, sino en general. En este caso, la identificación del culo con lo sexual, incluso con el coito vaginal, es total, forma parte del lenguaje cotidiano. Eso no significa que la penetración anal sea mejor considerada en Francia que en otros países, la actitud es la misma<sup>[39]</sup>.

El escritor marica chileno Pedro Lemebel también ha señalado en algunos de sus textos esta relación entre la hombría y la negación del culo:

El fútbol es otra homosexualidad tapada  
Como el box, la política y el vino  
Mi hombría fue morderme las burlas  
Comer rabia para no matar a todo el mundo  
Mi hombría es aceptarme diferente  
Ser cobarde es mucho más duro  
Yo no pongo la otra mejilla  
**Pongo el culo compañero**  
Y esa es mi venganza  
Mi hombría espera paciente  
Que los machos se hagan viejos  
Porque a esta altura del partido  
La izquierda tranza su culo lacio  
En el parlamento

Una de las mejores lecturas de las políticas que hay alrededor del ano la encontramos en el libro de Beatriz Preciado *Testo Yonqui*. Preciado denomina *sexopolítica* a ese conjunto de prácticas sobre el sexo, la sexualidad y la raza que van a regular la construcción del cuerpo desde el siglo XIX hasta la actualidad. Este sistema de construcción biopolítica va a localizar «el sexo» como el centro de la subjetividad, pero para ello va a tener que diferenciar órganos y asignarles funciones, funciones productoras de la masculinidad y la femineidad, y de lo normal y lo patológico. Preciado expone las ideas de Deleuze y Guattari en *El Antiedipo*, y de Guy Hocquenghem en *El deseo homosexual*, que van a localizar al ano como el primer órgano que es excluido del campo social, y explica cómo esta operación de exclusión va a servir para construir el cuerpo heterosexual masculino:

«Una sexualidad implica una territorialización precisa de la boca, de la vagina, de la mano, del pene, del ano, de la piel. De este modo, el *pensamiento straight* [...] asegura la relación estructural entre la producción de la identidad de género y la producción de ciertos órganos (en detrimento de otros) como órganos sexuales y reproductivos. Buena parte de este trabajo disciplinario consistirá en extraer el ano de los circuitos de producción de placer. Deleuze y Guattari: el ano es el primer órgano privatizado, colocado fuera del campo social, aquel que sirvió como modelo de toda posterior privatización, al mismo tiempo que el dinero expresaba el nuevo estado de abstracción de flujos. El ano, como centro de producción de placer [...] no tiene género, no es ni masculino ni femenino, produce un cortocircuito en la división sexual, es un centro de pasividad primordial, lugar abyecto por excelencia próximo del detritus y de la mierda, agujero negro universal por el que se cuelan los géneros, los sexos, las identidades, el capital. Occidente dibuja un tubo con dos orificios, una boca emisora de signos públicos y un ano impenetrable, y enrolla en torno a estos una subjetividad masculina y heterosexual que adquiere estatus de cuerpo social privilegiado<sup>[40]</sup>».

Para Preciado, la subjetividad masculina hetero se basa en ese cuerpo donde la boca

puede abrirse continuamente en el espacio público y donde el ano es cerrado completamente, es privatizado al máximo. Los hombres pueden hablar en público, pero no se les debe dar por el culo. Por el contrario, el proceso de producción de la subjetividad femenina heterosexual exigirá una privatización de la boca (privatización de signos emitidos) y una apertura pública del ano y de la vagina, técnicamente regulada. Las mujeres tienen que callarse y son penetrables.

Volviendo a esta relación entre la masculinidad y la impenetrabilidad, es interesante señalar que la masculinidad no es algo privativo de los hombres, o propio de los hombres. Las mujeres también han contribuido a construir eso que llamamos *masculinidad*, como ha demostrado Judith Halberstam en su magnífico ensayo *Masculinidad femenina*. El libro es un recorrido fascinante por las distintas formas de masculinidad que han ejercido las mujeres a lo largo de la historia, desde las mujeres que pasaban por hombres en los siglos XVIII y XIX, pasando por los chicos, las mujeres soldado, las lesbianas *butch*, o los *drag kings*.

Queremos detenernos en una de las figuras que aparece en el libro de Halberstam porque tiene una relación especial con la penetración: la *stone butch*. En el capítulo *Masculinidad lesbiana: también las stone butches se deprimen*, Halberstam nos expone lo siguiente:

«Además están las butches “de granito”, stone butches que no se enternecen nunca y que son impenetrables. La stone butch es un lugar muy apropiado para comenzar a hacer una genealogía de la diversidad butch, porque es una categoría muy enigmática: como veremos, la parte “stone” de la stone butch se refiere a una especie de impenetrabilidad, y eso implica curiosos aspectos de “no acción” sobre la identidad sexual butch. La stone butch tiene la dudosa distinción de ser probablemente la única identidad sexual que se define casi por completo en función de las prácticas que *no* hace. Podríamos preguntarnos si existe alguna otra identidad que se defina por lo que una persona no hace. ¿Qué significa definir una identidad sexual y un conjunto de prácticas sexuales que configuran esta identidad dentro de un registro negativo? ¿Cuáles son las implicaciones de una acción negativa para teorizar las subjetividades sexuales? Además, ¿podríamos acaso imaginar que se definiera una identidad sexual masculina en términos de “no acción”? Muchos hombres no practican la penetración sexual como parte de sus hábitos sexuales, y sin embargo esta omisión no provoca apenas comentarios, y por supuesto nunca se ha diagnosticado esta conducta como un complejo de disfunción sexual. Quizá tengamos que recurrir al término “hombre stone” cuando el miedo a la penetración se combina con una ilusoria sensación de superioridad innata y de violencia de diversos tipos, incluyendo la sexual. “El hombre stone” podría convertirse en una herramienta de diagnóstico para identificar las patologías sexuales de los hombres adultos<sup>[41]</sup>».

La irónica reflexión de Halberstam sobre el hombre *stone* explica muy bien el doble rasero que se aplica sobre la penetración si se da en hombres o en mujeres. Mientras que en el hombre «ser intocable» es poderoso y positivo, en las mujeres ello ha sido siempre relacionado con la disfunción, la melancolía y la desgracia<sup>[42]</sup>. Esa «no acción», no ser penetrado, en los hombres no se considera una patología como en el caso de las mujeres; es al revés, en el caso de los hombres la patología consiste en ser penetrado. Por otra parte, lo interesante de este análisis de Halberstam sobre la stone butch es que esta va a ejercer la masculinidad por medio de su renuncia a la penetración; es por este gesto por lo que va a ser considerada masculina, pero, como señala Halberstam, va a ser considerada una enferma, y alguien condenada al fracaso y a la tristeza. Una vez más, el criterio del género

va a filtrar la visión social de la masculinidad y de lo penetrable: en el caso de una mujer, es una masculinidad «fallida» o, en todo caso, incomprendida ya que se supone que su destino, como mujer, es la penetración. El rígido sistema se aplica de nuevo: lo impenetrable es solo cosa de biohombres.

Esta posición de la *stone butch* nos plantea un interesante problema lógico, el mismo que ya tuvo la conexión neuronal de Luis Aragonés, en concreto el problema que se dio en su neurona 6: *si soy un hombre entonces mi culo es impenetrable (¿o es al revés, cómo era esto?)*. Hay una lógica circular entre la masculinidad y la impenetrabilidad. ¿Se es masculino y por ello se es impenetrable, o se es impenetrable y por ello se es masculino? Como ya hemos señalado, en realidad no hay una esencia natural de la masculinidad; ni siquiera el discurso médico sobre las hormonas «masculinas», la testosterona, está bien fundamentado. Como explica Anne Fausto-Sterling, las hormonas que ahora llamamos con demasiada ligereza «femeninas» y «masculinas», son necesarias para el desarrollo de muchos órganos vitales y, además, tanto hombres como mujeres necesitan de ambos tipos de hormonas para el desarrollo corporal. Fue un prejuicio de los investigadores lo que hizo que se definieran a ciertas hormonas (progesterona, estrógeno, testosterona, en realidad reguladores ontogénicos de amplio espectro) como «sexuales». Fausto-Sterling explica en su libro cómo la investigación científica sobre la biología hormonal ha estado siempre estrechamente ligada a la política del género.

«El cerebro, los pulmones, los huesos, los vasos sanguíneos, el intestino, el hígado requieren todos del estrógeno para su normal desarrollo. A grandes rasgos los efectos generalizados del estrógeno y la testosterona se conocen desde hace décadas<sup>[43]</sup>».

Entonces, si la masculinidad no está en los genitales (hay biomujeres masculinas, y hay trans F2M que son hombres sin genitales masculinos), ni en las hormonas... ¿dónde está? Pues en el culo, o más bien en su impenetrabilidad. Por supuesto, esto solo es así dentro del régimen heterocentrado y machista. Como veremos en el capítulo sobre el *fist*, ciertas comunidades de cuero y sdomasochistas de gays y lesbianas han subvertido ese régimen, y han desarrollado una apropiación de la masculinidad precisamente por el lugar más inesperado, por una valorización del papel pasivo en la penetración.

Santiago Sierra presentó a comienzos de 2009 la obra *Los Penetrados*. Es un vídeo de 45 minutos en 8 actos en donde se pueden ver todas las formas posibles del sexo anal entre hombres y mujeres, de raza blanca y negra. La obra pretende ser una reflexión sobre el pánico asociado a la inmigración comparándolo con el pánico al sexo anal, a que nos den por el culo. La exposición desató una polémica sobre la posible provocación que suponía semejante vídeo, pero lo más interesante para nosotros está en un detalle del que se habló poco: al *casting* que preparó Serra acudió mucha más gente de la que se necesitaba, un indicador de que el mero acto de la penetración anal no asusta tanto, no produce tanto rechazo, sino todo lo contrario. Eso sí, los rostros se pixelaron para evitar identificar a las personas que actuaban, es decir, nos encontramos con un nuevo armario anal, y una nueva muestra de que quizá el porno se basa en el rostro y no en los genitales. Tampoco se puede considerar ese vídeo como una provocación dado que, desde hace mucho tiempo, el sistema asimila casi todas las variantes de la sexualidad (quizá el canibalismo y la pederastia son los únicos actos que aún escandalizan al sistema)<sup>[44]</sup>.

## 4. ACTIVO, PASIVO, HETERO, HOMO, VERSÁTIL... LA CONVERSIÓN EN MARICA POR EL CULO

*Yo no pongo la otra mejilla  
Pongo el culo compañero*

PEDRO LEMEBEL

Ya hemos mencionado que uno de los mayores temores de muchos varones heterosexuales es que puedan «convertirse» en maricas por el hecho de ser penetrados aunque lo sean por sus mujeres<sup>[45]</sup>. Existe, por un lado, un pánico a ser homosexual, y al mismo tiempo una represión del deseo homosexual que estructura toda nuestra cultura occidental. El escritor y militante gay Guy Hocquenghem, en su libro pionero de 1972 *El deseo homosexual*, fue uno de los primeros autores gays en poner sobre la mesa el deseo homosexual como algo cuya represión crea precisamente la paranoia anti-homosexual. El miedo a la propia homosexualidad lleva al hombre a un temor paranoico de verla aparecer a su alrededor.

Hocquenghem se sirve de los textos de Deleuze y Guattari en *Antiedipo* para hacer una dura crítica del psicoanálisis y de la sociedad de su época con una lectura subversiva de la oposición falo-ano. Para él, la sociedad actual es fálica, el falo es lo más valorado y es lo que organiza el poder y los espacios sociales. En oposición al falo, el ano se privatiza, es algo que debe permanecer oculto, en el terreno de «lo privado».

«Para que haya trascendencia del falo (organización de la sociedad en torno al gran significante), es necesario que el ano sea privatizado en personas individuales y edipizadas<sup>[46]</sup>».

Para el psicoanálisis, las pulsiones anales del niño y la niña deben ser sublimadas para llegar a la genitalidad. Por ello, lo anal queda relegado al silencio, a la soledad. Para Hocquenghem el deseo homosexual cuestiona esta necesidad de sublimación de lo anal dado que manifiesta un uso deseoso del ano. Esto desafía la primacía social del falo, y, por ello, el deseo y el placer anal con condenados.

Beatriz Preciado menciona en su epílogo al libro de Hocquenghem *Terror anal*<sup>[47]</sup> una reflexión importante del propio Hocquenghem, que denunciará en 1984:

«cómo los movimientos revolucionarios, en busca de visibilidad, se han visto absorbidos por su propio proceso de espectacularización. Porque no basta con haber tenido el ano abierto. Es necesario seguir haciendo de él un campo relacional. ¿Cómo hacer política sin renunciar al ano? [...] La pregunta de antaño, ¿cómo hacer la revolución anal? Se metamorfosea ahora en esta otra: ¿cómo evitar el marketing anal?<sup>[48]</sup>».

Esta reflexión es importante para ponernos en guardia contra el posible uso de estas políticas para promociones personales basadas en espectáculos mediáticos interesados. Por ejemplo, la eclosión de un movimiento queer en España en la última década ha derivado en ocasiones precisamente hacia eso que menciona Preciado, hacia una reapropiación del activismo para un uso mediático y personalista, para la venta de proyectos culturales «queer» a las instituciones, museos, universidades o medios de comunicación; es decir, se ha convertido en una espectacularización banalizada para consumo de heteros curiosos o

aburridos, para *épater le bourgeois*, y para alimentar la máquina estatal de la cultura, que necesita nuevos juguetes con los que divertirse y con los que darse un aire de progresismo y apertura. *Queer is business!*<sup>[49]</sup>

En la contraportada del libro de Hocquenghem leemos un párrafo que, a nuestro entender, se deja llevar precisamente por ese exceso de promesas revolucionarias que tan bien funcionan en el mundo del *marketing*:

«El ano, ese oscuro objeto del deseo, ese denostado vórtice secreto que anida en todos nosotros, el innombrable, amenaza constantemente con engullir los cimientos de la sociedad, regurgitarlos y conducir a la ciudadanía a una ruina moral absoluta de la que nadie podrá escapar. Este es el desafío anal: un golpe de Estado en toda regla larvado en las mismísimas entrañas de la heteronormatividad».

Bueno, nosotros somos un poco más modestos. No creemos que darse por el culo vaya a subvertir el orden social, ni que vaya a corromper la moral de toda la Humanidad.

Como ya hemos señalado, aunque la práctica anal es algo independiente del género de las personas, su asociación con la homosexualidad está muy arraigada en la actualidad. Esta asociación tan fuerte formó parte del origen de la construcción del cuerpo homosexual. Desde mediados del siglo XIX, encontramos que la mirada médica se dedica a observar minuciosamente los penes y los anos de los sodomitas. Se supone que hay una serie de rasgos físicos propios del sodomita. Como expone Ricardo Llamas en su artículo «La reconstrucción del cuerpo homosexual en tiempos de sida» (en el libro *Construyendo sidentidades*):

«El descubrimiento del nuevo “cuerpo homosexual” parecía, en un principio, una simple cuestión de observación sagaz. El mero reconocimiento de una anatomía permitiría descubrir (desvelar) al “homosexual”. Así, el ya mencionado médico francés Ambroise Tardieu escribía en 1857 (veinte años antes de que Lombroso “reconociera” al delincuente) que los sodomitas podían ser identificados, ya que presentaban una dilatación del esfínter, un ano en forma de embudo, un pene puntiagudo y de reducida dimensión, los labios gruesos y deformados, la boca torcida y los dientes muy cortos. Tales eran los signos que demostraban la práctica de la penetración anal y de la felación<sup>[50]</sup>».

Pero la exploración del cuerpo no se va a detener ahí, va a llegar a determinar rasgos propios del «activo» diferenciados de los propios del «pasivo». Siguiendo con otro pasaje del texto de Llamas:

«Otro experto en medicina legal, el alemán Friedrich, caracterizaba al sujeto perverso, también a mediados del siglo XIX, en función de un doble criterio referente a la práctica sexual. Así, el “activo” tiene el pene “delgado y pequeño” y “persigue a muchachos jóvenes con la mirada lasciva”, “el pasivo” presenta una columna vertebral hacia arriba, más o menos torcida, mientras que “la cabeza cuelga hacia adelante. Los rasgos faciales hundidos, la mirada apagada y sin vida, los huesos de la cara resaltan y los labios apenas parecen poder cubrir los dientes”<sup>[51]</sup>».

Pero este tipo de análisis, que hoy nos pueden parecer trasnochados y ridículos, cuando no abiertamente siniestros, no son cosa del pasado lejano. En 1981, el médico penitenciario español Alberto García Valdés publica un libro en España, *Historia y presente de la homosexualidad*, donde hace un estudio general de la homosexualidad a partir de una muestra de 205 presos. Su autor nos explica con detalle su metodología:

«Una vez conseguida una buena relación con el sujeto explorado, se procedía al estudio de su morfología somática, se anotaba el tipo constitucional, se le pesaba y tallaba, observando el desarrollo de los caracteres sexuales primarios y secundarios. En algunos

casos se realizaron fotografías cuando el sujeto era un transexual o presentaba alguna característica de interés<sup>[52]</sup>».

Y, hablando de prisiones, es interesante recordar que en la España franquista había una prisión a donde llevaban a los maricas «pasivos» y otra a los «activos». Todavía nos preguntamos cómo detectaban estas identidades tan definidas en las víctimas de esta brutal represión homófoba.

«Según los cálculos de la Asociación de Ex Presos Sociales, cerca de 4.000 personas fueron a la cárcel por ser homosexuales durante el franquismo. La cifra es solo una aproximación, porque los historiales están repartidos por instituciones penitenciarias y policiales y, en muchos casos, la condena alegaba delitos de prostitución en lugar de homosexualidad.

A Antonio Ruiz le denunció una vecina monja en 1976. Franco ya había muerto y él tenía 17 años. A las seis de la mañana fueron a buscarle a su casa cuatro *secretas*. Pasó tres meses en el penal de Badajoz, una de las cárceles que el régimen había preparado para “curar” a los gays. A Badajoz iban los llamados “pasivos” y al penal de Huelva, los “activos”. Las lesbianas eran enviadas al manicomio. “Era la época del electrochoque y las terapias aversivas, que consistían en secuenciar imágenes con hombres y mujeres, propinando descargas eléctricas al homosexual cuando aparecían hombres”, relata Ruiz<sup>[53]</sup>».

Estas miradas, exploraciones y búsquedas anatómicas consolidan una vez más la asociación penetración anal=homosexualidad. Nada se dice en estos textos de las penetraciones anales entre hombres y mujeres, y es, precisamente ese silencio, esa enorme omisión, la que va a consolidar al sodomita como el referente único y exclusivo del sexo anal. Una vez más, el régimen heteronormativo limpia su propio territorio y borra sus huellas en lo referente al deseo anal.

Es interesante recordar el análisis que hace Foucault sobre la sodomía, que era simplemente un acto, y sobre el paso que se dio con la medicina y la psiquiatría del XIX, hacia una forma nueva de categorizar que va a crear un tipo de persona, «el homosexual». Hasta finales del siglo XIX, realizar el acto del sexo anal, la sodomía, era una categoría del antiguo derecho civil y canónico, describía un tipo de actos prohibidos; el autor era solo su sujeto jurídico. En cambio, el «homosexual», categoría que aparece en la segunda mitad del XIX, es algo muy distinto:

«ha llegado a ser un personaje: un pasado, una historia y una infancia, un carácter, una forma de vida; asimismo una morfología, con una anatomía indiscreta y quizá misteriosa fisiología. Nada de lo que él es *in toto* escapa a su sexualidad. Está presente en todo su ser: subyace en todas sus conductas puesto que constituye su principio insidioso e indefinidamente activo; inscrita sin pudor en su rostro y su cuerpo porque consiste en un secreto que siempre se traiciona. Le es consustancial, menos como un pecado en materia de costumbres que como una naturaleza singular. No hay que olvidar que la categoría psicológica, psiquiátrica, médica de la homosexualidad se constituyó el día en que se la caracterizó —el famoso artículo de Westphal sobre las “sensaciones sexuales contrarias” (1870) puede valer como fecha de nacimiento— no tanto por un tipo de relaciones sexuales como por cierta cualidad de la sensibilidad sexual, determinada manera de invertir en sí mismo lo masculino y lo femenino. La homosexualidad apareció como una de las figuras de la sexualidad cuando fue rebajada de la práctica de la sodomía a una suerte de androginia interior, de hermafroditismo del alma. El sodomita era un relapso, el homosexual es ahora una especie.



Del mismo modo que constituyen especies todos esos pequeños perversos que los psiquiatras del siglo XIX entomologizan dándoles extraños nombres de bautismo: existen los exhibicionistas de Lasègue, los fetichistas de Binet, los zoófilos y zooerastas de Krafft-Ebing, los automonosexualistas de Rohleder; existirán los mixoescopófilos, los ginecomastas, los presbiófilos, los invertidos sexo-estéticos y las mujeres dispareunistas. Esos bellos nombres de herejías remiten a una naturaleza que se olvidaría de sí lo bastante como para escapar a la ley, pero se recordaría lo bastante como para continuar produciendo especies incluso allí donde ya no hay más orden. La mecánica del poder que persigue a toda esa disparidad no pretende suprimirla sino dándole una realidad analítica, visible y permanente: la hunde en los cuerpos, la desliza bajo las conductas, la convierte en principio de clasificación y de inteligibilidad, la constituye en razón de ser y orden natural del desorden. ¿Exclusión de esas mil sexualidades aberrantes? No. En cambio, especificación, solidificación regional de cada una de ellas<sup>[54]</sup>».

Este lúcido análisis de Foucault es útil para comprender hasta qué punto lo que supone el sexo anal tiene una historicidad y unos valores concretos. La homosexualidad nace vinculada al sexo anal, pero va mucho más allá, dentro de un discurso médico, psiquiátrico, como una patología y, lo que es más importante, como una forma de identidad global que se impone al sujeto.

Otra convención muy implantada entre la cultura heterosexual es concebir a la pareja gay bajo sus mismos patrones, esa estupidez que nos preguntan tan a menudo cuando ven a una pareja de maricas: «Entonces entre vosotros, ¿quién hace de hombre y quién de mujer?». Esta pregunta, por supuesto, encierra un montón de absurdas presuposiciones: primera, que los gays tenemos que reproducir la rígida y limitada cultura sexual hetero donde cada uno siempre tiene que hacer un papel (el hombre, penetrar / la mujer: ser penetrada). Segunda: que el ser penetrado equivale a «ser mujer», y que penetrar equivale a «ser hombre». Tercera: que los heteros no se penetran entre sí. En realidad, las prácticas sexuales entre gays no mantienen ese modelo hetero. Vamos a hacer un poco de sociología casera para ilustrar esto aunque tampoco hace falta demostrárselo a nadie.

## UN EXPERIMENTO SOCIOLÓGICO: LAS ESTADÍSTICAS DEL BEARWWW

Sin ningún ánimo de científicidad ni de seriedad, vamos a aprovechar una de las «encuestas» más amplias que existen en el mundo sobre tendencias sexuales gays. Si les dijéramos que hemos hecho una encuesta a 170.000 maricas de 5 continentes sobre sus prácticas o preferencias sexuales, ¿nos creerían? Pues así es. Bueno, no exactamente. Esa encuesta ya existe, no la hemos hecho nosotros, solo hace falta aprovecharse un poco de Internet. Vamos a utilizar una de las webs más conocidas de ligue gay para hacer un pequeño estudio sobre eso de los pasivos y los activos. Se trata de la web [www.bearwww.com](http://www.bearwww.com). Esta web cuenta, en efecto, con más de 170.000 perfiles, y tiene la ventaja de que cada uno de ellos nos da una descripción de sus preferencias sexuales. Se nos dirá que es un muestreo sesgado porque es una web de osos y no de gays en general, pero no es así. En realidad, es una web que reúne a gays de todas las tendencias, tiene tanto éxito que es un referente para gays de cualquier subcultura; de hecho, solo 45.000 perfiles de esa web se consideran a sí mismos osos, o sea solo el 25%, la cuarta parte.

De todos modos, no importa que la encuesta sea sesgada porque este pequeño juego que vamos a hacer no tiene ninguna intención de rigor científico, pero, aun así 171.842 perfiles es una muestra de maricones impresionante que quizá nos pueda dar información interesante.

Los hombres de esta web tienen entre 18 y 80 años, y pertenecen a los 5 continentes (más de 80 países).

El motor de búsqueda de los perfiles del bearwww está desglosado según los siguientes apartados, en lo referente a práctica sexual:

- activo
- pasivo
- versátil
- oral solamente
- pajas solamente
- activo/versátil
- pasivo/versátil
- no dice

La primera búsqueda que nos interesa aquí es ver, de esos 171.842 hombres, cuántos se consideran exclusivamente activos y cuántos exclusivamente pasivos:

26.018 hombres, exclusivamente activos. Es decir, el 15,2%.

24.816 hombres, exclusivamente pasivos. Casi el mismo porcentaje, el 15%.

El resto, 120.000 hombres, el 70%, se posicionan en las demás categorías, es decir, que pueden ser flexibles en cuanto a la utilización de su culo como receptor, y a la vez en ser penetradores de otros culos. En este sentido, un dato muy revelador es el porcentaje de personas que se consideran versátiles, la mayoría:

Versátil: 70.000. El 41%.

Activo-versátil: 11.278. El 6,6%.

Pasivo-versátil: 11.311. El 6,6%.

Sumadas estas tres categorías versátiles, tenemos un 54%.

(No tenemos ni idea de por qué hay un equilibrio tan grande entre activos y pasivos,

y entre los activo-versátiles y pasivo-versátiles).

Oral solamente: 1.674. No llega al 1%.

Pajas solamente: 367. El 0,2%.

No dice: 26.806. El 15%. Este dato también es interesante porque denota un desacuerdo con esas categorías que se están utilizando en la web. También puede deberse a un deseo de privacidad, de no declarar en público la preferencia sexual.

Lo que se desprende de esta «encuesta» es que dentro de la comunidad gay no hay una división significativa «activo» *versus* «pasivo» en lo referente al sexo anal. Es decir, solo un porcentaje muy pequeño practica únicamente la penetración como activo o como receptor en contra de la creencia común hetero. Lo más interesante es que la mayoría de los perfiles muestran una gran flexibilidad, es decir, la posibilidad de estar abiertos a ser penetrados o a penetrar. Esto significa que ese estereotipo según el cual los gays «se dividen» en personas pasivas y activas es una falacia creada desde una mirada heterocentrada, binaria y simplista, que no se corresponde con las prácticas de la propia comunidad gay, sino que aplica (injustificadamente) el modelo de la pareja hetero «hombre/mujer» a las personas gays por medio de una separación artificial entre «activos» y «pasivos», como esencias separadas que darían lugar a identidades separadas y diferenciadas.

Lo más interesante de esa reflexión es que esta separación no es real. Es decir, que en la práctica penetrar y ser penetrado son dos opciones disponibles al mismo tiempo, opciones del juego sexual de una misma persona.

Un dato curioso es el reparto tan equilibrado que se da entre activos y pasivos. Tanto entre los hombres que se definen como exclusivamente activos, como los exclusivamente pasivos, y entre los que se definen como activo/versátiles o pasivo/versátiles, el equilibrio es total (15% activos y 15% pasivos; 6,6% activo/versátil, 6,6% pasivo-versátil). Es decir, que dentro de los que asumen más o menos uno de esos dos roles, en conjunto no hay diferencias significativas hacia lo pasivo o hacia lo activo. Esto rompe también con otro de los estereotipos sobre los gays, el de que a todos «les gusta que se la metan», la idea de que lo pasivo es lo propio de los maricas. En contra de ese prejuicio tan extendido, estos datos sugieren que hay tantas posibilidades de encontrar a un gay con tendencia activa como pasiva. Y que, además, lo más común es que practique ambas cosas.

Nos gustaría contar con una encuesta parecida entre hombres heteros. No la tenemos, pero nos tememos que los datos serían muy distintos. No porque el deseo de ser penetrado o de penetrar culos no exista entre los varones heteros, sino porque la cultura en la que vivimos impone un duro silencio a los heteros sobre esta cuestión, y sobre la posibilidad de expresar en público cualquier tipo de deseo anal que no sea hacia una mujer y como penetrador.

## **SOMOS UN DONUT: TOPOLOGÍA, CUERPO Y ANALIDAD**

Parte del mito contemporáneo sobre el «individuo» se construye alrededor de la idea de un ser completo, cerrado en sí mismo, una unidad separada y autónoma. De hecho, la etimología de *individuo* significa precisamente eso, que no se puede dividir. No vamos a entrar aquí en la visión del psicoanálisis, que contradice directamente esta idea (el sujeto sería precisamente algo dividido desde su fundación, una entidad separada de lo real por el lenguaje, y cuya identidad se funda en el otro). Aquí vamos a estudiar a la criatura humana como mera corporeidad (ya sabemos que lo de «mera» se las trae, pero tenemos un poco de prisa). Esas dos aperturas que estamos analizando en este libro, el ano y su sobrevalorada compañera la boca, nos muestran que el cuerpo humano (y el de todos los animales) no es una entidad cerrada y completa, sino todo lo contrario, es algo abierto, pero, además, abierto de una forma muy especial.

La topología ha descrito este tipo de superficie como un toro. Pero no se emocionen los machirulos, no nos referimos a ese animal que representa la España racial y masculina, sino a una figura que podemos describir rápidamente como un donut. O, si quieren, imagínense una botella donde la boca y el culo se comunicaran. En realidad, el toro sí es una superficie «cerrada» en el sentido de que todos sus puntos comunican de forma continua. Es decir, el orificio central del donut está ahí, pero no interfiere en la continuidad de la superficie del toro. Siguiendo con nuestra analogía, el cuerpo humano se puede describir como una superficie cerrada, pero con un orificio estructural, que es el aparato digestivo. Esto contradice la imagen que tenemos de nuestro propio cuerpo, de manera intuitiva: cuando ingerimos algo, decimos que lo metemos «dentro» del cuerpo, pero en realidad lo estamos echando «fuera». No «metemos» nada, lo estamos pasando por un agujero. Cuando nos metemos un dildo por el culo, lo mismo.

En realidad, esa superficie que es el cuerpo tampoco es cerrada en sentido estricto. Es porosa, abierta. La piel tiene poros y, por ella, se intercambia agua con el exterior. Las paredes del estómago y del intestino son porosas, y gracias a esas paredes permeables los nutrientes de la comida son asimilados por el organismo. De hecho, la supervivencia de los organismos vivos depende del hecho de que son sistemas abiertos. En términos mecánicos o de producción, nuestro cuerpo transforma los alimentos en energía, y los restos no útiles de esta transformación se convierten en heces, en desechos. Pero es interesante señalar que tanto la fase inicial del proceso, el acto de comer o beber, como la fase final, la defecación, se producen «fuera» de nuestro organismo, en ese orificio que nos atraviesa de parte a parte.

Quizá esta visión nos ayudaría a entender con menos dramatismo todo lo que se crea alrededor de la penetración anal, como una violación de nuestro espacio interior, franquear una frontera entre el mundo y nuestra intimidad, etc. Lo que sí sabemos es que esas zonas de intercambio, esos bordes, son placenteros, están erotizados, como ya señaló Freud al hablar de las mucosas bucales y anales como zonas erógenas (ver el capítulo dedicado a Freud, más adelante).

Lo anal, de algún modo, es un recordatorio permanente de esa fragilidad de nuestro cuerpo, de esta estructura «de orificio» que nos atraviesa, y de la que no queremos saber nada. Quizá hay que empezar a reescribir nuestras metáforas corporales («lo siento en las

entrañas», «métela más adentro», «te siento dentro de mí») y abrirse a ese espacio que ya no es propio, un espacio que cualquier donut puede recordarnos cada mañana.

*Anus is an open scar*: **la performance de Warbear.**

En el año 2009, el escritor y activista queer Warbear (Francesco Macarone Palmieri), junto a los artistas Mariae Nascenti & Boxikus, representó una performance en diversas ciudades europeas titulada *Anus is an open scar* (el ano es una cicatriz abierta), donde reflexionaba con imágenes y textos sobre el potencial subversivo de una nueva resignificación del ano. A continuación, presentamos los textos utilizados en la performance:

**ANUS IS AN OPEN SCAR**

WARBEAR, MARIAE NASCENTI & BOXIKUS

My profession is to cross borders<sup>[55]</sup>  
no men's lands between two points of control.  
A zone full of promises,  
possibilities of new lives,  
new perfumes,  
new emotions.

J. G. BALLARD - COCAINE NIGHTS

Wrapped around the digestive tube  
The skin opens up to its extremes  
by revealing the two muscular holes,  
mouth  
and anus.

B. PRECIADO - TERROR ANAL

Beyond the end, you see the beginning.  
An almost breathable future.  
In this binary logic, transformation is the space in between.  
In this perceptive fragment  
truth falls,  
doubt burns  
and holes open up  
revealing emotional landscapes.

WARBEAR - SOGGETTIVITA' ANULARI

Anus is a Bioport.  
Not just symbol or a metaphor  
but a space of injection  
through which to open and expose the body to others

B. PRECIADO - TERROR ANAL

Let the man go where he has never gone,  
feel what he never felt,  
think what he never thought,  
Be what he has never been.

We must provoke this movement and this crisis,  
we must produce astonishing objects

P. NOUGÉ

How do you deal with a broken soul?  
Small fractures  
Splinter  
Less than before  
Once cracked - twice hidden  
No healing  
Forgiveness  
In this place you  
TOUCH

GENESIS P. ORRIDGE - ROMAN SPOKEN WORD

«close your anus and you'll become a master,  
a landlord  
an owner  
you'll have women,  
children,  
richness».

Privatizing the anus is gender order  
The territorial control of body geographies  
by the heteronormative power

GUY HOCQUENGHEM/WARBEAR - LE DÉsir HOMOSEXUEL

The strategy is not DIALECTICAL:  
liberation vs. control,  
unconscious vs. conscious,  
deviant vs. normal,  
sexual vs. chastity.

The strategy is CATASTROPHIC:  
pushing the situation to the limit.

The strategy is SYMBOLIC:  
using the system's own intolerable signs against.

The strategy is ANONYMOUS:  
the refusal to be categorizable as another deviant star.

We are the norm.  
We are the twilight.

S.P.K. - EXPOSING THE CATHEDRAL OF DEATH

The world is not divided in two  
Anus has neither sex nor gender.  
Anus escapes the rhetoric of sexual difference,  
Anus challenges male and female logics.  
Anus is a post identitarian organ.

B. PRECIADO - TERROR ANAL

Inject me with your fear, my lover my dear  
Teach me and erase me  
And erase all that is comfortable in me  
And that makes my life so easy now  
Erase me and teach me my dear  
My dear my dear  
My new lover my dear  
MY TEAR

GENESIS P. ORRIDGE - ROMAN SPOKEN WORD

Anus is made to shit.  
The scar of a body castration.  
The price that a man pays to buy the privilege of masculinity  
In the heterosexual society.

WARBEAR/B. PRECIADO

I'll burn the world  
By destroying everything that does not stand alone  
I'll subvert ideologies  
By pushing hope up your ass  
I'll destroy everything that does not stand alone  
And then I'll burn what remains  
And then I'll blow on the ashes  
And then maybe somebody will see  
How things  
really are

MEL LYMAN - APOCALYPSE CULTURE

Facing the heterosexual machine, the anal machine rises.  
The non hierarchical connection of organs  
the public distribution of joy.  
The collectivization of anus announces  
a sexual communism.

B. PRECIADO - TERROR ANAL

love opened my ass  
and then I saw the end of the world

CHARLES MANSON/WARBEAR<sup>[56]</sup>

Este cup-up de textos era recitado como la arquitectura teórica y rítmica de la performance según contextos y relaciones anales producidas en directo.

Aquí podemos leer un texto escrito por Warbear donde expone una reflexión sobre el potencial transformador de las políticas anales:

**CICATRICES**

Potencia: Placer = Deber: Dolor

El mundo dividido en dos es vertical y bipolar.

Su verticalidad se da por medio de la alineación de sexo, género y sexualidad. Este axioma adquiere significado en una gama de variaciones algebraicas donde el polo positivo está representado por el hombre y el negativo por la mujer.

El hombre forma parte del mundo de arriba, donde el poder se da de padres a hijos. En este mundo, el hombre asume las normas del género masculino a través del poder de experimentar placer. Este poder adquiere su estatus en una función directamente proporcional al dolor producido. El hombre se identifica con la alteridad, solo y exclusivamente si esta queda subordinada. La expresión masculina se ubica en un espacio de cruce entre apropiación y eliminación.

El hombre se hace macho cuando penetra, perpetrando un asesinato vestido de creación. El acto de muerte pasa por la esclavitud de la vida. Así, este proceso queda asegurado por una lógica naturalista según la cual el esperma producido por el placer de poder es el único medio de perpetuar la especie humana. El hombre es macho cuando penetra porque solo así puede expresar la naturalidad, y por tanto la universalidad, de su poder.

La mujer es parte del mundo de abajo, donde el deber la convierte en esposa, madre e hija. En este mundo las mujeres tienen el deber de estar subordinadas, por tanto, de ser penetradas y fecundadas para volver a reproducir al hombre y, por último, para sufrir muriendo. La vagina es el espacio para la transferencia de poder de una generación a otra. La sangre de la mujer es el garante del poder masculino. Esto representa el derecho natural del hombre para hacerla mujer, el lacre de cera en el que está grabada su norma de género.

La naturalización del poder de matar fecundando y del deber de morir pariendo se estructuran en un proceso de institucionalización llamado *familia*. Esta produce el núcleo original del lazo social occidental.

Este modelo es la columna vertebral de la estructura económica capitalista que naturaliza las desigualdades de poder de unos pocos sobre el deber de muchas haciendo del abuso del otro la unidad de medida de la esfera humana. En ella, el sentido del poder como proceso sexual de muerte encuentra su lugar natural. Matar es privatizar el placer sexual en una economía de la apropiación y de la exclusión. La subversión de ese vínculo entre poder y deber, donde una línea naturalizada y universalizante vincula el mundo de arriba al mundo de abajo, pasa a través de otro canal.

Este canal es un pasaje secreto que crea extrañas convergencias entre los dos mundos, relaciones que son peligrosas para el mantenimiento de la homeostasis vertical. Por esta razón, ese canal debe permanecer oculto y suturado.

Este pasaje tiene la capacidad cultural de producir placer solo en el acto de expulsión, dado que la penetración, en el mundo bipolar, solo puede ser identitaria. La supresión de la función transitiva y activa de ese pasaje es inaceptable en la medida en que pone en crisis el sistema de fronteras entre el mundo de arriba y de abajo.

Ese pasaje debe quedar cicatrizado porque su sutura garantiza el poder de la diferenciación verticalizante. Pero, detrás de esta cicatrización, habitan mundos extraños con criaturas extrañas que palpitan con emociones extrañas; historias intestinas donde el macho y la hembra se pierden en un pastiche de pasta fecal. Olores profundos y músculos rectales ensucian las sábanas, allí donde la sangre pierde la primacía de la primera noche que define el poder del varón y el deber de la mujer. La escoria cuenta la historia, y la



historia es otra.

Es una historia visceral de otras noches, otros amores, otras pasiones. Es una historia de residuos y represiones, donde esa descarga crea un Aqueronte enloquecido que se come al propio Caronte, mezclando el bien y el mal entre sus olas. Un país de silencio donde los sonidos son subliminales y donde frecuencias imperceptibles transforman los miedos en deseos.

Es una historia más allá del mundo, donde flotan polvaredas, autoorganizaciones, economías del ocio, sociologías del individuo.

Subvertir es cortar la cicatriz para abrir la panacea de los vientos en una espiral inyectiva.

Una explosión resuena. Es la fractura de los axiomas gritando. La insoportable levedad de convertirse en copos como nieve viral, donde la práctica del placer se convierte en el rechazo categórico del deber, donde se pierde el esperma en campanas tubulares, donde la repetición es cambio, donde entrada y salida formulan un proceso infinito, invertido, loco.

Pasen señores pasen porque más allá del mundo hay un metaverso en proceso y, si se sabe vivir en la oscuridad, se descubren cegadores colores.

WB FRANCESCO MACARONE PALMIERI<sup>[57]</sup>

## 5. PLACERES ANALES: *FIST*, DILDOS, POLLAS, CÁRCELES

«Ser un armario es, en el mejor de los casos, una triste ironía, una paradoja divertida, la contradicción de estar siempre a cuatro patas y ser impenetrable».

URRI ORIOLS. «Mobiliario».

*De un Plumazo*, nº 4

El *fist-fucking* o penetración anal con el puño (*fist*) es una práctica que surge en el seno de las comunidades S/M gays. No es evidente que se trate de una práctica S/M, en el sentido de que no es una práctica que experimente con el dolor y, de hecho, no todos los que practican S/M practican *fist*, ni todos los que practican *fist* son S/M. Pero sí hay que reconocer un vínculo cultural en los espacios en los que aparece, espacios creados por la comunidad S/M. Gayle Rubin hace una descripción fascinante de estos espacios en su artículo «The Catacombs», dedicado a un club S/M de San Francisco donde en los años 70 florecieron las prácticas de *fist*.

El *fist* hace referencia a dos espacios perseguidos, reprimidos, condenados como *abyectos*: el ano y la mano. El sexo genital no se reprime, se fomenta en imágenes, discursos, programas. Hasta los sexólogos recomiendan hoy en día la masturbación como algo saludable. Porque el sexo genital refuerza la diferencia sexual y la asignación de roles y género: hombre penetrador, mujer penetrada, coherencia o destino de la cópula coño-pene, etc. El *fist* va a recuperar esos dos espacios proscritos, el trabajo del culo y la mano-brazo como objetos y sujetos de placer. Beatriz Preciado, en su ensayo *Manifiesto contra-sexual*, ha realizado una rigurosa genealogía del dildo para mostrar que *este no procede de una imitación o referencia al pene, sino a la mano. El dildo procede de las técnicas y máquinas diseñadas para reprimir la mano masturbadora*. Por eso podemos decir que el *fist* es una especie de reconquista de un terreno prohibido: solo el médico podía usar la mano «ahí», en el ano y en el recto, para las exploraciones. En el caso de los hombres era una exploración vergonzante y privada, justificada para detectar enfermedades de la próstata. Los *fist* se apropian de ese espacio privado y «del especialista», y le dan un sentido diferente: de comunidad, de aprendizaje, de placer, de autonomía. Se abandona el centro en los genitales y la dinámica obligatoria erección-eyaculación. Es curioso observar que este abandono del pene aparece en un entorno gay cuando precisamente a los gays se nos identifica siempre como adoradores del falo. (También existen prácticas S/M y de *fist* entre lesbianas, y entre heterosexuales, pero no entraremos aquí en la genealogía de estas prácticas, que son diferentes).

Como ya hemos señalado en otras partes de este libro, el uso de un espacio abyecto como lo anal está permitido en el cine porno, pero solo si es penetrado por un pene. El *fist* hace otra cosa, es un porno sin genitales. Como hemos señalado, el código del porno tradicional está saturado por el circuito erección-penetración-eyaculación, donde el eje narrativo es el pene. En cambio, en las películas porno de *fist* en muchos casos no aparece ninguna erección, es más, no aparecen órganos genitales. El interés se desplaza hacia otras

partes del cuerpo:

en muchas fiestas de *fist*, la mano y el brazo son enguantados ceremoniosamente con un guante de látex (esto nos recuerda al guante de Rita Hayworth, pero, a diferencia de Rita en *Gilda*, aquí lo erótico viene en el proceso de *ponerse* el guante, no en quitárselo). Vemos aquí otro ejemplo de apropiación y resignificación: del uso inicial del guante en el *fist* por la necesidad de protegerse de la transmisión del sida, se pasa a una estilización erótica del propio guante. El brazo penetra en el recto, da placer, pero a su vez él también recibe placer. Y el guante del XVII, diseñado para evitar la masturbación, se ha transformado en un guante que produce placer. El proceso de lubricar la mano y el brazo se transforma también en un acto erótico;

el ano como lugar de exploración, de placer y de trabajo; el ano y el recto, lugares tradicionalmente excluidos del placer, son reivindicados de una forma diferente: no como lugar de recepción del pene (órgano que le daba valor de uso dentro del porno), *sino como lugar activo, de producción de placer y de apertura del cuerpo*. Como dice el estudioso de la cultura S/M José Manuel Martínez-Pulet:

«Meter el puño en un culo hambriento puede ser otra forma de ternura y de afecto. [...] En el caso del *fist-fucking* (o del *foot-fucking*, variante del *fist* con el pie), queda bien claro que su finalidad es la producción de placer. Los practicantes pueden jugar horas y horas sin necesidad de correrse, o incluso de tener una erección. Para uno, el placer radica en entregar el culo al otro, lo cual exige mucha confianza. Para el otro, el placer consistirá en colonizar con la mano el interior de otro hombre y sentir desde dentro los latidos de su corazón, para lo cual se requiere mucha responsabilidad y pericia. Como dice G. Rubin, “fistear es un arte que consiste en seducir uno de los músculos más impresionables y tensos del cuerpo”. El puño cerrado, que normalmente define un gesto de agresividad y amenaza, es redefinido aquí como instrumento de afecto y ternura. La cámara se fijará en él, en el *Crisco* que lo empapa, en el orificio anal que lo espera; captará los movimientos de la mano y las progresivas modificaciones del culo; capturará la complicidad de los participantes manifiesta en las miradas, los gemidos, los gritos, etc. El eje de la narración ya no es, pues, la polla erecta que penetra (más bien el pene, flácido, retrocede a un segundo plano), sino que se traslada a la periferia, al culo y al puño, en un acción que no tiene ninguna finalidad concreta más que la producción de placer corporal y mental<sup>[58]</sup>».

## GENEALOGÍA DEL DILDO

Esta reflexión sobre el *fist* nos lleva de nuevo a los análisis de Beatriz Preciado<sup>[59]</sup>. Para entender cómo se ha constituido la relación entre el espacio del cuerpo y la noción del sujeto en la cultura occidental, Beatriz Preciado propone una genealogía del dildo analizando tanto su evolución formal como su presencia en distintas prácticas (médicas y sexuales) y periodos históricos. En este sentido, la autora de *Manifiesto contra-sexual* considera que hay tres tipos de tecnologías (con sus correspondientes instrumentos) que han dado forma y función al dildo contemporáneo y que, a su vez, son claves para entender la definición del género y del cuerpo como «incorporación protésica»:

1. *Tecnologías de represión de la sexualidad*. El primer antecedente del dildo estaría, según Preciado, en los métodos y artilugios de represión de la masturbación inspirados en las teorías de un médico suizo del siglo XVII llamado Tissot. Tissot, que hizo un análisis de la sexualidad desde una óptica capitalista, concebía el cuerpo como un circuito cerrado de energía que no debía desaprovecharse en tareas ajenas al trabajo productivo y reproductivo. A partir de esta noción del cuerpo como capital, Tissot identificaba un órgano sexual que podía irrumpir en el circuito cerrado de la energía corporal y provocar un gasto superfluo: la mano. Para evitar esos cortocircuitos, diseñó una serie de objetos (guantes, hebillas, manoplas...) que limitaban el movimiento de las manos.

Las teorías de Tissot reflejan y potencian el cambio en la manera de pensar y vivir la sexualidad que se produjo en Europa durante el siglo XVII.

«Hasta entonces, la sexualidad era un acto social, con sus tiempos y rituales específicos, pero desde la consolidación de la concepción del sexo como capital comenzó a influir en todos los aspectos y momentos de la vida de los individuos, a ser parte consustancial del sujeto de la modernidad<sup>[60]</sup>».

Los objetos concebidos por Tissot trataban de regular (dirigir y reprimir) la utilización de los órganos sexuales, pero también demarcaban (y, por tanto, destacaban) el espacio del cuerpo donde se genera placer. Por ello, no es extraño que estas técnicas de represión hayan terminado transformándose en tecnologías que producen identidad sexual y generan placer. De este modo, prácticas contemporáneas de transformación y manipulación del cuerpo como el *piercing* se asemejan a algunas de las técnicas que se utilizaron en los siglos XVII y XVIII para impedir la masturbación. Lo mismo ocurre, como hemos señalado, con el *fist-fucking*, que interviene sobre la represión del ano (espacio solo autorizado al médico) y recupera el propio guante de látex que utilizaba el médico: ambos, ano y guante, son transformados en objetos de placer. Y, al mismo tiempo, se pasa de concebir el cuerpo como un espacio cerrado, a mostrarlo como un espacio totalmente abierto: la exhibición del ano y del recto que realizan la práctica y el cine *fist* supone invertir totalmente esa visión del cuerpo clausurado. Por último, la mano, que ya entonces era concebida por Tissot como fuente de placer, es potenciada radicalmente por el *fist* hasta el punto de abandonar el interés por los órganos genitales. *Como vemos, el fist anuda precisamente los dos lugares tradicionales de represión: abre el ano, y por tanto el cuerpo, y recupera la mano, que interviene para introducirse y manipular ese circuito abierto que es ahora el cuerpo.*

2. *Tecnologías de producción de las crisis históricas*. Desde el punto de vista de la psicología del siglo XIX, el orgasmo femenino se consideraba una crisis histérica que debía

ser analizada, vigilada y controlada por especialistas médicos (masculinos). Así, primero se crearon unos «vibradores» hospitalarios que permitían producir (bajo supervisión médica) estas crisis y después se desarrollaron otros aparatos con la misma función, pero que ya estaban concebidos para su uso en el ámbito doméstico (a los que Beatriz Preciado denomina *máquinas butler*). A su vez, para luchar contra la impotencia en los hombres, la medicina de la época utilizaba artilugios similares que se «administraban» a través del ano. Vemos aquí el monopolio que tiene el médico del espacio anal, monopolio que será destruido por el *fist*.

3. *Tecnologías de las manos protésicas*. Desde la I Guerra Mundial, las técnicas de construcción de prótesis que cumplieran y perfeccionaran la función de las manos (y de otras partes del cuerpo, como las piernas) han desempeñado un papel fundamental en la constitución de la identidad masculina. Según Beatriz Preciado, hay una relación directa entre masculinidad y guerra que está muy vinculada a esta noción de construcción protésica. En este sentido, se explica el hecho de que los soldados, meras herramientas de una arrolladora máquina de guerra, estén «suplementados» por una serie de accesorios (prótesis), como muestran de forma muy ilustrativa las imágenes del ejército estadounidense y británico en su reciente ataque a Irak.

«Hay que tener en cuenta que tras la I Guerra Mundial numerosos soldados regresaron a sus casas con algún miembro amputado, en muchos casos, la(s) mano(s) (que es, desde el punto de vista de la antropología, el órgano masculino por excelencia, ya que permite transformar la naturaleza a través de los instrumentos). Desde el convencimiento de que existía una correspondencia entre los hombres que habían perdido una mano (inútiles para la economía productiva) y los que se habían quedado sin órganos genitales (inútiles para la economía re-productiva), un médico militar francés llamado Jules Amar diseñó un conjunto de manos protésicas que permitían reincorporar a esos soldados al sistema laboral. Es decir, Jules Amar asocia la pérdida de la mano a la pérdida de la masculinidad, estableciendo una correspondencia entre mano y pene<sup>[61]</sup>».

Esta reflexión sobre Jules Amar es muy clarificadora para entender la nueva resignificación de la sexualidad y de la mano que realiza el *fist*. Sería equivocado interpretar el *fist* como una práctica donde la mano sustituye al pene, como si este fuera el original, el legítimo depositario de la sexualidad, y la mano un mero sustituto. Precisamente, el *fist* lo que hace es cortocircuitar toda la economía productiva y reproductiva: abandono del uso de los genitales, y potenciación de la mano en un «lugar inútil» (la mano, un órgano no reproductivo, en el culo, otro órgano no reproductivo), la mano en el lugar abyecto por excelencia, el culo. Una mano y un brazo que trabajan en el lugar equivocado para abrir un cuerpo precisamente en el lugar de la pérdida (el culo solo produce mierda, que no es útil para el capital). Con el *fist*, el brazo, productivo en términos de «mano» de obra, es colocado en el lugar más improductivo.

## LEATHERS, OSOS Y MASCULINIDAD

El porno gay *fist* muestra lo masculino como vulnerable: a menudo nos presenta a un hombre atado, frágil, a merced, que ofrece su culo... Esto supone una subversión del código masculino-heterocentrado. Por un lado, se representa una imagen hipermasculina para después mostrarla en su fragilidad, mostrarla como una imagen de pasividad, como un espacio manipulable. Cualquier intento de construir una identidad estable y poderosa de la masculinidad queda en evidencia por medio de este discurso. En los códigos tradicionales de la masculinidad, el puño cerrado es un gesto de amenaza, de violencia. En el *fist*, el puño es resignificado como un objeto de placer, agradable, como un elemento amoroso.

El hecho de que en las películas de *fist* no haya erección, ni penetración con el pene, ni eyaculación supone un desafío radical al «género» (en el doble sentido, de género cinematográfico y de sistema género/sexo). De hecho, cuando aparecen los genitales masculinos en las películas de *fist*, el pene está flácido (otro tabú del porno) y no merece ningún interés por parte de los actores, ni de la cámara ni del montaje. El *fist* es una aberración, es lo abyecto del porno.

Además, tanto el ano como el puño no están marcados por el género o el sexo, todo el mundo tiene ano y todo el mundo tiene brazo independientemente de si se es mujer, hombre o intersexual. Y este «independientemente» es importante porque, para los sistemas dominantes, la diferencia sexual y la asignación de naturalezas masculinas y femeninas es crucial. Aquí se muestra que esa diferencia no es tan evidente, y que quizá *ni siquiera es relevante*. Se trata de una forma muy soFISTicada de sexualidad.

El *fist* desafía el sistema de producción de género y desterritorializa el cuerpo sexuado (desplaza el interés de los genitales a cualquier parte del cuerpo). Además, el *fist* es reversible, el que mete el puño luego lo puede recibir, y viceversa (el código activo/pasivo también se disuelve).

Los clubes de *fist* también cuestionan la separación entre espacio público y privado, son clubes donde el *fist* se hace ante la mirada de otras personas. En general, el único lugar donde uno puede jugar con su culo es el váter. Encerrados con la seguridad del pestillo bien echado, todos hemos jugado alguna vez en la ducha a meternos los dedos en el culo. Como mucho, en el espacio también privado del lecho conyugal, algunas parejas osan explorar ese lugar desconocido. Sin embargo, la práctica del *fist* dentro de la comunidad S/M siempre ha sido una práctica pública, se hace a la vista de las demás personas que están en el club: además, varias personas pueden participar del *fist*, es una especie de acto social que rompe la barrera de «pareja encerrada en un cuarto». Esto también es una novedad respecto al uso vergonzante del culo, el *fist* supone una especie de «salida del armario anal», una mostración orgullosa del placer que se puede obtener con el *fist*, y una forma de crear vínculos de solidaridad.

En ocasiones, se ha criticado al S/M como una reproducción de los roles de poder del mismo modo que se considera a menudo que el pasivo en la penetración anal es el sumiso y que el activo es el dominante. Martínez-Pulet ha criticado esta visión simplista a partir de los análisis de Townsend y Foucault:

«Como dice el activista Larry Townsend, “todo lo que ocurre en una relación sexual S/M se hace con la intención de producir placer físico o emocional”. Pero habría que subrayar el aspecto transgresor y subversivo de esta forma de placer, y es Foucault quien

apunta directamente a ese núcleo subversivo: “Pienso que el S/M... es la creación real de nuevas posibilidades de placer que no se habían imaginado con anterioridad. La idea de que el S/M está ligado a una violencia profunda y que su práctica es un medio de liberar esa violencia, de dar curso libre a la agresión, es una idea estúpida. Bien sabemos que lo que esa gente hace no es agresivo y que inventan nuevas posibilidades de placer utilizando ciertas partes inusuales de su cuerpo —erotizando su cuerpo. Pienso que ahí encontramos una especie de creación, de empresa creadora, una de cuyas principales características es lo que llamo la desexualización del placer. La idea de que el placer físico siempre proviene del placer sexual y que el placer sexual es la base de todos los placeres posibles considero que es absolutamente falsa. Lo que las prácticas S/M nos muestran es que podemos producir placer a partir de objetos muy extraños, utilizando ciertas partes inusitadas de nuestro cuerpo en situaciones muy inhabituales”. Este texto es muy importante porque, al concebir las prácticas S/M no como expresión de una identidad subyacente, por la cual el que hace de Amo habría de tener una personalidad fuertemente agresiva y violenta, y el sumiso estaría marcado por una falta de autoestima y amor propio, sino, más bien, como técnicas de producción de placer, Foucault desnaturaliza la sexualidad. El fin de estas prácticas no es ni el orgasmo, ni mucho menos la reproducción (para Pat Califia, el S/M es la quintaesencia del sexo no reproductivo). Foucault se está refiriendo, en general, a prácticas como el *bondage*, el *spanking*, la cera, la humillación, el juego de pezones, la tortura de polla y de huevos, el uso de dildos, el control de la respiración, pero, sobre todo, al *fist-fucking*, que, según la antropóloga Gayle Rubin, sería la única práctica sexual que el siglo XX aporta a la historia de las prácticas sexuales. Para Foucault, en virtud de estas técnicas, el S/M opera una ruptura con el monopolio que tradicionalmente han sostenido los genitales en relación al placer físico, lo descentraliza y al mismo tiempo redistribuye las zonas erógenas<sup>[62]</sup>».

Esta cita de Martínez-Pulet es muy esclarecedora respecto a algo que hemos señalado con anterioridad en este libro, la innovación que introduce lo anal en el circuito de lo genital-sexual, y el cuestionamiento de la identificación tradicional entre el activo-penetrador como detentador de poder, y el pasivo-penetrado como sumiso y carente de poder. Para entender mejor este cuestionamiento, es necesario explicar que en las comunidades sadomasoquistas las relaciones son negociadas y voluntarias, y el que tiene el papel de «esclavo» en realidad controla en gran medida la situación. La dinámica amo-esclavo es mucho más compleja de lo que imaginamos. En el caso de la penetración anal encontramos la misma complejidad, es decir, quien desea ser penetrado no admite cualquier polla, sino que busca, selecciona, elige. En ese sentido, es alguien «activo», se moviliza y actúa para encontrar a la persona adecuada, y es quien decide quién va a penetrarlo. En realidad, se trata de una posición de poder, de control y de decisión.

«Era como si el homosexual llegara tarde para investir la imagen heterosexual del macho, pues, como señala E. Badinter, esa reivindicación gay de lo masculino acontece en un tiempo en que retrocede en el colectivo heterosexual, y ello debido a los avances promovidos por el movimiento feminista. A primera vista, parece tener razón cuando afirma que el “hipermacho y el marica son víctimas de una imitación alienante del estereotipo masculino y femenino homosexual”. Pero solo a primera vista, porque lo que Badinter pasa por alto, es, a mi parecer, que la apropiación homosexual del modelo convencional de “hombre”, no solo indica que el macho heterosexual no es el guardián de la masculinidad (poniendo así de relieve la dimensión cultural y socio-política de los géneros), sino que, además, lleva a cabo una reconstrucción de esa masculinidad desde

dentro de ella misma (y, por tanto, prescindiendo de “la pluma”). En efecto, la simulación teatral de la masculinidad va acompañada de una construcción desvirilizada de la misma, ya que las prácticas sexuales de esta comunidad, primero, prestan peculiar atención al ano (el órgano erógeno más desatendido por la sexualidad normativa), erotizando consecuentemente la receptividad o pasividad sexual del hombre (y no solo mediante la penetración, que es una práctica gay generalizada, sino fundamentalmente a través del *fist-fucking*, o del uso de dildos y de *plugs*), y, segundo, resaltan una serie de disciplinas que, más que celebrar el poder de la polla y los huevos, los mortifican, escenificando y sacando placer de su vulnerabilidad y fragilidad (azotes, pinzas, agujas, tortura, etc.).

En cualquier caso, esa reapropiación de la masculinidad convencional por los *leathermen* de los años 40 y 50, y que durante esas primeras décadas estaba creando una subcultura, fue objeto, ya en los años 80, de algunas aproximaciones teóricas de corte marcadamente esencialista, como las de Geoff Mains o Richard Hopcke, con las que trataban de hacer frente, por un lado, a la imagen deformada que los gays dominantes se habían hecho del S/M (convirtiendo esta sexualidad en alteridad absoluta), y, por otro, a las consecuencias políticas que esa construcción traía consigo<sup>[63]</sup>».

Esta reflexión de Martínez-Pulet es muy relevante para entender el cambio que han operado ciertas comunidades gays S/M, *leather* y de osos, y ciertas comunidades lesbianas y trans en el uso y la reivindicación del sexo anal. En el caso de las subculturas *leather*, S/M y de osos, estas prácticas suponen un cuestionamiento de arraigados estereotipos sobre la homosexualidad. Según el prototipo homófobo habitual, el gay es un ser afeminado al que le gusta ser penetrado. Como aún figura en el diccionario de la RAE: Marica: «hombre afeminado y de poco ánimo y esfuerzo». La virilidad o la masculinidad es un valor propio de los hombres heteros, algo imposible entre los maricas.

La novedad de estas comunidades es que, por un lado, se reapropian de los rasgos de la masculinidad y, por otro, integran en su cultura el sexo anal de forma visible y orgullosa, lo cual supone una paradoja para el estereotipo homófobo: ¿un hombre muy viril al que le gusta ser penetrado? Esto en principio es una contradicción. Penetración pasiva equivale a femenino. Virilidad equivale a culo impenetrable (ejemplo: Luis Aragonés y sus gambas bigotudas) y a actividad penetradora. En cambio, en muchos perfiles de páginas de ligue gay en Internet encontramos estos descriptores: «José, macho viril pasivo», «Manolo, osazo peludo pasivo», «Pedro, 1,90, 120 kilos, cachas, bigote, barba, varonil, para que me folles», «Alberto, tío masculino, cuero, fuerte, busca ser fisteado», etc. En estos perfiles, así como en el porno que hemos descrito, se unen esos dos valores en principio incompatibles, una masculinidad clara, incluso exagerada a veces, con un deseo manifiesto de ser penetrado analmente. Esto nos parece un cambio histórico importante que merece ser destacado, algo que desestabiliza las ecuaciones tradicionales sobre lo pasivo y lo masculino.

Por otra parte, hay que reconocer que estas culturas hipermasculinas han sabido apropiarse del placer anal, pero no de la feminidad. En general, en los ambientes *leather*, S/M y de osos, la pluma y el afeminamiento están muy mal vistos. Tú vete a una fiesta *leather* hablando en femenino y no se te acercan ni los camellos. En las convocatorias de muchas fiestas *leather*, bakala, osos, etc. leemos cosas como «solo tíos machos», «abstenerse locas y plumas», «para tíos de verdad», «rollo muy masculino», etc. Siempre nos pueden decir que para ese tipo de ambiente de marica plumera ya hay un montón de bares y fiestas gays, o que es muy difícil ser masculino y femenino a la vez. Quizá. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que aún se sigue asociando lo femenino a algo inferior,



ridículo o incompatible con el varón. La cuestión es que en esa plumofobia se traduce una misoginia evidente, un desprecio y un odio hacia las mujeres. Muchos se defienden de esta acusación diciendo que «pero es que a mí no me da morbo un tío afeminado, no quiero ir a un bar con gente así porque no me excitan». Bien, nadie te pide que te vayas a la cama con un marica plumero, pero de ahí a menudo se pasa al desprecio y al insulto. Para colmo, muchos de esos supermachos plumófobos tienen más pluma que un edredón noruego, con lo cual uno se pregunta si no habrá también una pizca de autodesprecio inconsciente en ese rechazo visceral a la pluma en el otro<sup>[64]</sup>.

## DE CÁRCELES Y CULOS

Hasta aquí hemos planteado la hipótesis de que el rechazo del sexo anal pasivo entre los hombres heteros tiene que ver con cierto ejercicio del poder, con ocupar un lugar de superioridad, de dominación. También hemos visto que el rechazo a ser penetrado es un elemento fundamental en la identidad masculina del varón heterosexual. Pero otro elemento clave de esta dinámica compleja es el deseo. Un deseo del disfrute anal que ha quedado reprimido consciente o inconscientemente, y que, además, es castigado socialmente. En este sentido, podríamos decir que uno de los motores principales de este rechazo de lo anal es el miedo. El miedo en dos direcciones: a perder la identidad de género, de varón, con la amenaza a ser asimilado a una mujer, y el miedo a perder la identidad de la orientación sexual (de heterosexual, pasar a ser percibido como homosexual). Es decir, la relación de los varones heteros con lo anal explica muchas cosas sobre las causas del machismo y la homofobia.

Es interesante señalar que esta dinámica del miedo nos muestra que «ser un hombre» es un lugar vacío. Es decir, es imposible escribir o definir en qué consiste ser hombre. Ni siquiera eso que llamamos *masculinidad* es algo privativo o propio de los hombres, como ha mostrado Judith Halberstam en su trabajo pionero sobre la participación de las mujeres en la creación de la masculinidad (*Masculinidad femenina*). Vemos en estos procesos que «ser un hombre» se basa en «no ser» otras cosas: no ser mujer, no ser homosexual. Es una identidad generada por oposición, por negación, o por la repetición de unos gestos estéticos o de conducta que carecen de original, es una noción sin un contenido preciso. El poder de los hombres, el poder patriarcal y machista, se construye, por una parte, por medio de ese desprecio hacia las mujeres y, por otra parte, por el odio hacia los hombres considerados como menos masculinos, los gays.

El problema que plantea el culo es que todo el mundo tiene uno. Eso coloca a los hombres heteros en una cercanía demasiado peligrosa respecto a los gays en el sentido de que ellos (los heteros) también son penetrables por ahí, por el mismo sitio que los maricas. En el machismo, se percibe a la mujer como «el otro absoluto», se magnifica una pequeña diferencia genital (ellas tienen coño, «nosotros» no) como una alteridad total. Con el culo eso no es posible. No hay operaciones de extirpación del culo. Lo más que se puede hacer con él es cerrarlo hasta que no quepa «ni el bigote de una gamba», pero eso, por mucho que diga nuestro ex seleccionador, no se puede mantener constantemente. Luis Aragonés también caga. Y el problema no es solo que esos culos heteros sean penetrables, sino que deseen ser penetrados. Como veremos en el capítulo sobre el psicoanálisis, Freud va a colocar el placer anal como elemento fundamental en todos los seres humanos.

Vemos entonces que el régimen heterocentrado se ejerce sobre los hombres heteros de una forma doblemente paradójica: desean a las mujeres, pero a la vez las desprecian; desean ser penetrados, pero a la vez desprecian esa posibilidad, o a los hombres que disfrutan de esa manera. Su identidad se basa en mantener de forma obsesiva esa doble negación (no mujer+no maricón): mata mujeres y maricas y serás un hombre. El hecho de que «ser un hombre» sea un lugar imposible explica los ritos de masculinidad compulsiva que vemos en los machos heteros, eso que en otra ocasión hemos llamado *la pluma hetero*: la repetición obsesiva y ostentosa de gritos, garruleces, violencia, escupitajos, fútbol, rascamiento de huevos, motores, *Interviú*, testosterona, pelo en pecho, *Marca*, riesgo, toros,

alcoholismo, tunas, cuadrillas, piropos, tacos, empujones... es decir, esa condena a la repetición en que consiste la vida cotidiana de muchos hombres heteros<sup>[65]</sup>.

Otro ejemplo de esta relación entre la penetración anal, el poder y lo masculino lo encontramos en el caso de las cárceles. Es sabido que en las cárceles de hombres la penetración anal es una práctica muy extendida aunque dentro de ciertos códigos bastante cerrados o acotados. A diferencia de la fantasía de las películas porno, donde carceleros y presos follan entre sí a todas horas en paz y armonía, el sexo entre hombres en la cárcel se produce bajo condiciones de control muy estrictas, y en ocasiones muy peligrosas.

Básicamente, hay cuatro situaciones de sexo anal entre los presos:

la violación de un preso y su conversión en una persona marcada que hará las tareas femeninas en la prisión (cocinar, limpiar, etc.); esta persona quedará vinculada de forma estable a un preso-amo para ser penetrado por él regularmente. A este personaje en Chile se le llama *caballo*, y, en contra de lo que se suele pensar, no es una persona homosexual. Es más, no debe ser una persona homosexual ya que, en ese caso, se supone que podría disfrutar de la relación cuando de lo que se trata con este tipo de relación con el «caballo» es de marcar la autoridad y la masculinidad del preso-amo (por encima de otro hombre «de verdad», no de un marica);

los travestis y los transexuales: a menudo son también objeto de violación, pero de forma anónima y vergonzante ya que la percepción general es que el contacto con ellos te «amaricona»;

la violación carceleros-presos; se produce cuando varios carceleros deciden castigar y torturar a un preso y, para ello, lo penetran analmente en grupo;

el sexo consentido: en ocasiones, dos hombres, que no necesariamente se identifican como gays, mantienen relaciones sexuales (e incluso afectivas) de forma más o menos estable, habitualmente en secreto. Algunos de estos hombres practican el sexo anal durante la prisión y afirman abandonar esta práctica al salir de la cárcel («era un desahogo, no había más remedio», etc.).

De estas cuatro situaciones, nos vamos a fijar especialmente en la primera. En un interesante artículo<sup>[66]</sup>, el psicólogo mexicano Rodrigo Parrini explica que la figura del «caballo», ese reo que es utilizado sexualmente por otros internos, cumple una función de sacrificio; esa víctima, el caballo, permite canalizar las tensiones de la cárcel y, al mismo tiempo, mantener la identidad masculina de los reclusos que lo penetran; el caballo atesora en sí la identidad femenina, lo otro, de manera que la masculinidad queda del lado de los no penetrados. Para Parrini,

«la violación es un acto fundante. ¿Fundante de qué? De las relaciones que los hombres presos mantienen entre sí y de una comunidad particular que posee una ética específica. Pero ¿para qué se lo requiere? Diremos que lo que se sacrifica en el caballo no es su vida —en términos biológicos— sino su masculinidad: la violación es un acto que obtura —así como penetra— la identidad y la colapsa<sup>[67]</sup>».

Una vez más, constatamos esa extraña paradoja que se da en el sexo anal entre hombres: el que toma el papel activo en la penetración no solo no es considerado marica o sodomita, sino que reafirma su masculinidad y su hombría por medio de ese acto sexual.

En un libro que publica Parrini años después (*Panópticos y laberintos. Subjetivación y corporalidad en una cárcel de hombres*), va a hacer una lectura más compleja de la sexualidad anal en las cárceles. Esta vez analiza la figura del travesti, y va a descubrir un cuerpo mucho más fluido y dinámico, que desafía las posiciones cerradas de puto/hombre (*puto* significa marica en mexicano). En una entrevista sobre su libro, Parrini

explica lo siguiente:

«Creo que un punto importante que trabajé en la investigación son los desplazamientos entre una enunciación de la masculinidad —el plano de las identidades— y el de las prácticas vinculadas con su enunciación. Fue una cita la que me permitió entrar con mayor profundidad en el juego entre parcialidad y reversibilidad; en ella un interno me habló de un travesti preso en la cárcel que decía que “lo puto lo tenía en el culo”, pero que podía golpear a quien se le pusiera al frente. Ese travesti decía que era puto y hombre alternadamente y que en su propio cuerpo se encontraba el lugar —el culo— que le permitía transitar entre identidades y posiciones subjetivas. Por otra parte, había encontrado una dinámica entre intimidad y extrañamiento que apuntaba hacia una paradoja: los contenidos y las definiciones identitarias más apreciadas e importantes eran un producto social, el extrañamiento que se instalaba en el corazón mismo de la intimidad<sup>[68]</sup>».

En el libro va a desarrollar la idea de que es el rechazo del sexo anal lo que moviliza el rechazo, no la orientación sexual tal y como se entiende hoy en día:

«Puto y maricón son expresiones del lenguaje cotidiano en México utilizados también en la cárcel. Son términos que intentan identificar a alguien, a la vez que lo descalifican, y que sin duda tienen una carga homofóbica. No obstante, responden a un imaginario sexual que no se organiza en torno a preferencias sexuales tal como las delimita la sexología y el sentido común sexual moderno —heterosexual, homosexual, bisexual—, sino a partir de una polaridad de identidades y posiciones subjetivas: hombre-puto. En este punto debemos indicar que la homofobia de la cárcel no corresponde al rechazo de una identidad —lo gay, lo homosexual— sino de un deseo, una práctica corporal, una posición en las relaciones de poder que se conjugan en el “puto”. Aquí la homofobia debe leerse como el rechazo tajante a lo abyecto que se condensa en el puto (rechazo que constituye lo abyecto en su mismo gesto). Lo abyecto, la parte caída de un sistema, la basura, lo rechazado, las sobras: eso es un puto. Por esto mismo funciona como el elemento caído, expulsado, en polaridad con el hombre: completo, integrado, prestigioso, estimable<sup>[69]</sup>».

Según Parrini, en el orden carcelario, al menos en el ámbito del género y la sexualidad, no hay jerarquías estrictas ni posiciones fijas y estables. Las identidades se trasplantan y fluyen. Lo que señala este travesti, que lo puto lo tiene en el culo, es un orden performativo de las identidades y de la subjetividad. Ella misma pasa por su cuerpo desde lo puto a lo cabrón. Puto, marica, por el culo. Pero cabrón, agresivo, de frente. Por lo tanto, esa persona queda en una zona intermedia, en un «entre» permanente. No es ni solo puto ni solo cabrón. Es ambos a la vez, y consecutivamente. Parrini plantea como conclusión que para entender lo que pasa en las cárceles no se puede mantener la polaridad femenino/masculino, hombre/mujer, creyendo que el género corresponde a la diferenciación de unidades discretas. Él plantea una posición de «estar entre», y «entender al género como una línea, cuyos costados son trazados desde dentro: se está en este campo indeterminado, se está entre, y luego se dirime, por decirlo así, hombre y mujer, masculino y femenino»<sup>[70]</sup>.

Nos interesa señalar de este análisis que ese pasaje del hombre al marica se hace por la penetración anal. Ese acto, en el papel receptor, es el que desplaza a la persona de ser un hombre a ser un marica (un puto). A su vez, cuando esas personas abandonan la cárcel, o cuando toman un papel agresivo y violento, pueden volver a ser «hombres». Es el lugar del culo el que permite esos cambios, esas transiciones en la subjetividad que, como vemos, son bastante fluidas.

OZ, una de las mejores series de televisión de las últimas décadas, creada por Tom

Fontana para la productora HBO, narra la vida dentro de una prisión de máxima seguridad. La riqueza de la serie radica en la complejidad de las identidades grupales y raciales de los presos: afroamericanos, latinos, italoamericanos, travestis, nazis, musulmanes, moteros... La serie a menudo es muy violenta y, además, es muy explícita en contenidos sexuales, y muestra sin tapujos las relaciones sexuales entre los presos. A lo largo de la serie, vamos conociendo las distintas percepciones sobre el sexo anal, la violación y la homosexualidad, y cómo estas varían en función de las distintas comunidades que hemos señalado.

Entre los nazis es habitual la figura del «caballo», un joven blanco que es violado por el jefe nazi y que, a partir de entonces, le servirá como esclavo sexual y como criado; entre los italoamericanos, ser penetrado es lo peor que le puede ocurrir a un hombre. Por ejemplo, un jefe mafioso queda traumatizado de por vida tras ser violado por miembros de la comunidad negra. Un abogado blanco y hetero primero es esclavizado por los nazis, y, más adelante, se enamora de un psicópata que le arruinará la vida; los travestis suelen ser agredidos por los nazis, los negros y los latinos... En esta brillante serie, queda patente que la percepción del sexo anal varía en función de criterios como la raza, la religión, la posición de poder o la ideología.

Nos interesa reflexionar sobre lo anal porque tiene un papel central en estos procesos de violencia. Mientras no seamos capaces de cuestionar y subvertir los valores asociados a lo anal, al acto de la penetración de un culo, no podremos dismantelar este régimen de terror sobre los géneros y los cuerpos.



El culo es el gran lugar de la injuria, del insulto. Como vemos en muchas expresiones cotidianas, la penetración anal como sujeto pasivo está en el centro del discurso social como lo horrible, lo malo, lo peor. Pero en la actualidad existen culturas que se han reapropiado de ese lugar abyecto y han sabido convertirlo en un lugar productivo y positivo.

En este libro los autores hacen un amplio y ameno recorrido alrededor del culo y del sexo anal: de su historia, de sus valores, de cómo lo anal organiza los géneros y las sexualidades, y de cómo está atravesado por criterios de raza, de clase y de poder. Desde la compleja sexualidad anal en la Grecia Antigua hasta la crisis del sida, pasando por las cárceles, el *bareback*, Freud, las lesbianas *butch*, los sodomitas, Luis Aragonés, el *fist-fucking* o los osos, este libro traza la genealogía de uno de los espacios menos explorados por la teoría, pero más transitados por la práctica: el espacio anal.

egales  
editorial 

ISBN 978-84-92813-35-3



9 788492 813353